



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. VIII - Nº 84 Abril de 2025



*Unidos en el Inmaculado
Corazón de María*

El Dr. Plinio en adoración al Santísimo Sacramento antes de la recepción de hábitos en el Éremita de São Bento, el 19/11/1989

“Deseé esta Orden de Caballería”

***M**i Señor Eucarístico, visteis bien lo que pasó en mí mientras visitaba esta construcción que es vuestra; el desbordamiento de mi alegría, de mi afinidad de alma con todo cuanto aquí veía y una especie de sorpresa, de pasmo y de maravilla, como quien piensa: “Pero, Señor, entonces, ¿es verdad que aquello que esperé se realiza y que aquello que pedí vino a parar en mis manos? ¿Realmente es verdad que aquello que deseé Vos, por los ruegos de vuestra Madre, acabasteis de dármelo enteramente?”*

Deseé esta Orden de Caballería, la deseé como ella es, con la gravedad, la seriedad, la solemnidad, la fuerza, la capacidad de reflexión, la decisión, el deseo de combate y la efectividad del combate que noto aquí. Y saludo aquí el primer escalón de una larga y alta escalinata que debe conducir a los más altos niveles de la victoria. Así, Señor, admiraba y consideraba todas las cosas que Vos poníais en esta construcción y que, sin ser acordado conmigo, sin que sea consultado, eran exactamente como yo deseaba.

Vos sabéis, Señor, cuánto deseo ver vuestro Reino brillar en la Tierra, ver a María, vuestra Madre, reinando en este mundo. Y, considerando aquí esta realización en la cual María Santísima de tal manera es Reina y, por eso mismo, sois tan superabundantemente Rey, quiero ver en esto lo que era imposible de obtener y que, finalmente, fue obtenido, plantado y comienza a germinar.

Tomad estas semillas y esparcidlas, para que la faz de la Tierra sea tal que miréis hacia ella y digáis: “Realmente, es como en el día de la Creación, Yo me complazco en ella porque es semejante a Mí”.

Por los labios de María, os digo, Señor: “Emitte Spiritum tuum et creabuntur, et renovabis faciem terræ”.

(Extraído de oración compuesta el 21/03/1980)

Sumario

Vol. VIII - No. 84 Abril de 2025



En la portada,
Dr. Plinio con el
Sr. João Clá, en
diciembre de 1990.

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición
brasileña y editada en
Colombia por PRODENAL
con las debidas autorizaciones
de la Editora Retornarei Ltda.
de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 701
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de
números anteriores, ir a:
[http://caballerosdelavirgen.org/articulo/
revista-dr-plinio](http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio)

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

SEGUNDA PÁGINA

2 “Deseé esta Orden de Caballería”



EDITORIAL

4 Amistad más de ángeles
que de hombres

MONS. JOÃO SCOGNAMIGLIO CLÁ DIAS

5 V - Los Éreos: profético anuncio de
un caudal de gracias



17 VI - Varón providencial



24 VII - Legado de Doña Lucilia



31 VIII - Un hombre combatido



37 Conclusión



ÚLTIMA PÁGINA

40 Todo se pagará en el Cielo



Amistad más de ángeles que de hombres

“**E**ntonces, hijo mío, hoy nos encontramos en el mejor lugar posible: en el Inmaculado Corazón de María”.

Estas fueron las palabras dirigidas por el Dr. Plinio a su joven discípulo, el entonces Sr. João Scognamiglio Clá Dias, al saludarlo después de un inesperado encuentro en la iglesia del Inmaculado Corazón de María.

En el número anterior de esta revista pudimos comprobar cómo la mediación de María actuó de modo decisivo en el providencial encuentro del fundador con su discípulo (p. 13); después, vimos que este vínculo se consolidó en la Sagrada Esclavitud a la Santísima Virgen (p. 17-22) y, por fin, dio sus mejores frutos (p. 31-43), siempre bajo los auspicios, al servicio y por amor a la Madre de Dios.

Por María, con María y en María transcurrió esa prolongada y fructuosa convivencia que puede muy bien ser descrita y explicada en las siguientes consideraciones del Dr. Plinio:

Al presenciar el conocido fenómeno de los espejos paralelos, observamos como uno se refleja en el otro indefinidamente, hasta culminar en un cono tan profundo dentro de la ilusión óptica, que tenemos la impresión de que no llegamos a notar cual es el fin. La situación se resuelve en una especie de incógnita luminosa final, en la que no hay respuesta para las preguntas: ¿cuál fue el primero y el último espejo que reflejó al otro? ¿cuál de los dos dio la primera o la última imagen?

Cuando dos almas coexisten rectamente en la presencia de Dios, poseen un equilibrio que no es horizontal como los platos de una balanza, más perpendicular, porque cada cual encuentra su equilibrio interno en la plena correspondencia a la gracia.

Dios, que hace todo con orden, cálculo, peso y medida, nos creó de tal manera que nuestra inteligencia comprende verdaderamente las cosas cuando ella las penetra de modo a corresponder a la apetencia recta del alma, y así conoce aquello que fuimos especialmente hechos para amar.

Consideren a dos amigos que aman a Nuestra Señora por encima de todo, después de Dios, y que se estiman porque uno ve en el otro el reflejo de las virtudes de Ella. Esos son amigos en María Santísima y reflejan, uno al otro, la imagen de Ella, como se da con los espejos paralelos.

Entre amigos así se establece un arco voltaico, más o menos como una ojiva en llamas que florece del gótico *flamboyant*. Así también, de la amistad verdadera –que no es de hombre a hombre a no ser en la medida en que es de hombres que se encuentran en Dios y en el Sapiencial e Inmaculado Corazón de María– nace un brillo más valioso que el de cada uno individualmente, pues, como sucede con un arco voltaico, por ambos “polos” ligados por ese vínculo pasa la misma corriente; y, entonces, resplandecen.

Así se debe entender, en la Santísima Virgen y en el espíritu de la Santa Iglesia, la verdadera amistad. Es una amistad más de ángeles que de hombres.*

En la presente edición el lector podrá contemplar otros tantos fulgores emanados de la convivencia sobrenatural entre el Dr. Plinio y Mons. João que, por especialísimo designio de la Providencia, estuvieron y siempre estarán, en el tiempo y en la eternidad, unidos en el Inmaculado Corazón de María.

* Cf. Conferencia del 29/11/1980.

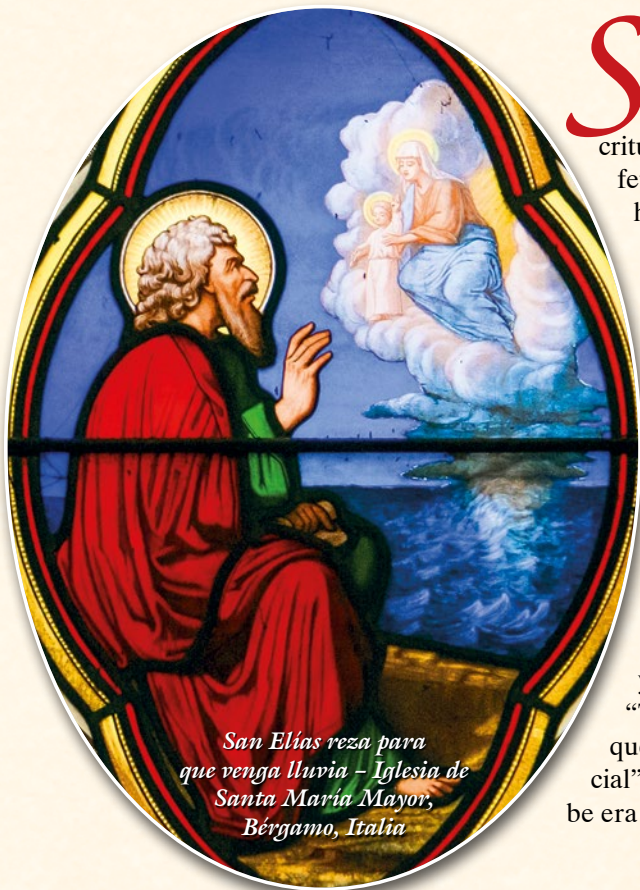


DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*

V

LOS ÉREMOS: PROFÉTICO ANUNCIO DE UN CAUDAL DE GRACIAS

Con la institucionalización del Éremo de “São Bento”, comenzó un élan que representó un soplo de renovación, alcanzando a todo el Grupo. Todo se fue modelando con entera conformidad con los deseos del Dr. Plinio que, sin embargo, nunca había proyectado lo que nacía. Aludiendo a ese extraordinario camino de gracias, exclamó respecto a su dilecto hijo João Clá: “¡Oh buen intérprete de mis designios y de mi espíritu!”



San Elías reza para que venga lluvia - Iglesia de Santa María Mayor, Bergamo, Italia

Si es verdad que se pueden usar metáforas sacadas de las Sagradas Escrituras, yo, de la vida del profeta Elías, saco una. Nuestra historia es semejante a la de él: estamos en una sequía terrible, en una desolación tremenda, la Tierra entera está gimiendo por falta de gracias, o, si no es por eso, por falta de correspondencia a las gracias que bajan sobre ella.

En esa situación terrible, mientras Elías rezaba, una nubecilla se presentó en el horizonte, y él mandó a avisar al rey: “Tome providencias, porque viene una lluvia torrencial” (cf. 1Rs 18, 44). La nube era predicción de lluvia; esta,

preludio de la victoria del profeta; y la realización de la profecía, el presagio de la victoria de Dios.

Pues bien, en cierto sentido de la palabra, los éremos formados por mi João son esa nubecilla. Yo viví cuántos y cuántos años esperando y buscando quién me acompañase para la fundación de nuestra Orden de Caballería.¹ Discreta, pero constante y obstinadamente, no dejé un instante de buscar eso. Todas mis búsquedas resultaron en un fracaso completo, de donde me parecería, si no fuese una gracia especial, que yo debería comprender que esa Orden de Caballería era la orden de la quimera, de la imposibilidad.

Yo no imaginaba tener delante de mí, un día, lo que entonces parecía imposible: la constitución de los éremos. Es verdad, iera imposible! Pero en la punta de la imposibilidad había la convicción de que Nuestra Señora quería eso y que, por lo tanto, Ella lo haría.



MONS. JOÃO SCOGNAMIGLIO CLÁ DIAS

Para eso y para conceder las gracias magníficas que concedió, la Providencia se sirvió —en unión conmigo y en mis manos—, de mi querido João como instrumento, así como para una serie de otros impulsos que el Grupo tuvo, cada uno mejor que el otro.

En la aurora de la década de 1970, un regalo de la Providencia

El Éremo de São Bento, por misteriosos designios de la Providencia, estaba casi deshabitado... Se diría que los vientos de la gracia habían volado en dirección a Jasna Góra, con una sorpresa para mí: allá se unificaron los éremos, dejando São Bento vacío como ciertos moluscos enormes que, a veces, encontramos en la playa, de los cuales el caracol que vivía dentro salió, la concha quedó aislada, las olas la llevaron. Pero, mientras eso sucedía, Nuestra Señora preparaba a otros hijos para penetrar en esa “concha” y hacer aquello que yo había soñado cuando São Bento fue fundado.² ¿Qué otros? ¿Y cuándo? ¿No habría temeridad mía



Éremo de São Bento

en mantener ese éremo? ¿Qué hacían esas soledades, obstinadamente puestas a la espera?

Y yo pensaba conmigo mismo: “Hay cualquier cosa de sobrenatural, de extraordinario, que quiere quedarse aquí, quiere vivir aquí”. Yo tenía esperanza de que São Bento viviría nuevas glorias, nuevos esplendores allí brillarían, y nuevas marchas de allí se iniciarían para la composición del Reino de María.

Con sus vastos muros, tan acogedores, ese lugar daba la impresión de una vie-

ja torre abandonad, arisca, dentro de la cual fantasmas arrastraban muebles viejos y quebrados. Pero, cuando entramos allá, ¡qué impresión diversa, qué cosa maravillosa, qué jardín y qué cielo! Mucho mejor que un jardín o un cielo... ¡Qué claustro! ¡Qué casa de Dios! ¡Qué casa de Nuestra Señora!

Una gracia me acogió desde el momento en que yo transpuse los umbrales de ese éremo, una gracia en la cual yo reposé el espíritu exhausto de los humores fétidos de la Revolución. Un recogimiento pensativo, pero de un pensar fecundo. ¡Un reposo repa-



Arriba, ceremonial del almuerzo; a la derecha, eremitas cantan el Credo en el claustro del Éremo de São Bento, en el inicio de la década de 1970





A la izquierda, izada del estandarte en el claustro del Éremo de São Bento, en el inicio de la década de 1980. A la derecha, formación en el claustro después de una ceremonia

rador, de una reparación que alcanza lo profundo del alma y que de hecho nos restaura! Todo eso se reúne aquí.

Esa construcción, tan llena de armonías y de misterios, es una caja de sorpresas. Si yo conociera los insondables designios de la Providencia con relación a ella, en la aurora de 1970, ¡qué alegría hubiera tenido! ¡Yo no imaginaba que vendría tal remedio; no osaba esperarlo y ni siquiera pensarlo!

Yo considero São Bento como un regalo de Nuestra Señora para mí. Y, dentro de él, como una piedra preciosa en el anillo, mi “arquiere-

mita” João. Bien sabemos hasta qué punto él ha sido mi instrumento bendecido para la realización de todo.

Una resurrección alcanza a todo el Grupo...

Hago una confidencia: yo nunca me senté junto a una mesa para comentar o planear con mi João sobre cómo serían los Éremos de São Bento y Præs-to Sum.³ Si fuese hecho un proyecto a ser ejecutado, ni de lejos habría dado lo que dio. Si yo, antes del momento, hubiese querido estudiar una solución, no obtendría resultado.

João —que en aquel tiempo tenía una irradiación en el Grupo mucho menor de la que adquirió después—, aprovechando São Bento vacío, quiso fundar una institución eremítica allí, si yo le daba permiso. Yo dije: “¡Está muy bien, fúndela!”

Yo conocía el buen espíritu de mi entonces joven João Clá y toda la unión de alma de él conmigo. Imaginaba respecto a él hechos inesperados. Por ejemplo, si me dijeran que él subió a la torre de la Catedral de São Paulo, lanzó hacia abajo una bandera comunista y desplegó el estandarte de la TFP, yo lo escucharía con naturalidad, porque de él yo esperaba cien mil cosas más inesperadas.

Ahora bien, en el tiempo en que mi João Clá era vibrante eremita en São Bento I⁴, yo no disponía de ningún dato concreto para imaginar que él tuviese tan precisa en la cabeza toda la serie de cosas que posteriormente realizó. ¡Me sorprendió! Él vino a ser, de repente, un organizador, construyendo y ordenando todo de tal manera que el último pormenor salió enteramente de acuerdo con lo que yo quería, muchas veces sin que él necesitase consultarme. Y así debe ser.

Es evidente que yo observé todo atentísimamente. Analizando las cosas que salían de la mente, del corazón y de las manos de mi João, yo



Ceremonial de la cena en el Refectorio de São Bento



Peregrinación de los eremitas del Éremo de São Bento a Minas Gerais, en 1978

percibía bien la entera conformidad de su visión con la mía. Éramos *cor unum et anima una*, un solo corazón y una sola alma. Yo prestaba continua atención y constataba que las cosas corrían por donde yo deseaba, y deseaba por donde ellas corrían; iy daba gracias a Nuestra Señora!

Cuando la inteligencia y los instintos están bien ordenados, y las tendencias pulsán de acuerdo con la virtud, las obras maravillosas van saliendo naturalmente.

Así, todo se fue modelando. En São Bento comenzó un élan que representó un soplo de renovación, un comienzo de resurrección que penetró en todo el Grupo y puso de pie aquello que estaba caído. De ese modo, cortando mil somnolencias, quebrando innumerables torpores, destruyendo cien rutinas, hendiendo varias capas geológicas de factores negativos, João tuvo posibilidad de levantar nuevamente la experiencia eremítica que estaba reducida a cero. Fue, hasta entonces, su mayor y mejor proeza.

Y un día, un día... de las cenizas de São Bento I fue naciendo y creciendo el São Bento II,⁵ y icon él tantas otras cosas magníficas!



...sobrepasando los umbrales del éremo

Fui asistiendo al nacimiento y a la formación de ese éremo, ipero con qué plenitud, qué garbo, qué esplendor, qué integridad de agrado de mi parte, y con cuánta esperanza! ¡Cuánto tiene São Bento para guardar en esas cuatro paredes! ¿Guardar en cuatro paredes? He aquí otra sorpresa: ¿cuándo pensaríamos que nuestro hábito comenzaría a aparecer en público?

El hábito da gloria a Nuestra Señora e impone a las nubes que se rajen y venga el día de Ella. El hábito es el Reino de María en su esplendor, es no sólo el deseo de que él nazca, sino que es una especie de preuncio de cómo él será. Sabiendo bien cómo interpretar el hábito, se puede medir las pulsaciones del Reino de María.

Hay en el hábito cualquier cosa de completo, de definitivo, que se manifestó por entero, que se muestra como es, se afirma y es, al mismo tiempo, imponderable. Cualquier alteración en el hábito sería irremediable.

El único entre nosotros capaz de proponer una modificación fue João, que es “doctor” de los hábitos. Cuando él me sugirió, yo pensé: “¡Oh buen interprete de mis designios y de mi espíritu! ¡Está óptimo!” Yo lo aprobé sin dificultad, y todo entró pronto en funcionamiento.

El valor de la vida eremítica

He visto con encanto el Auditorio San Miguel lleno de eremitas; y tengo tanta alegría de verlos relucir en todas partes, que me acuerdo de una reflexión mía en la ocasión en que este auditorio se hizo: “Cuando tengamos

gente para llenar todas las sillas vacías, el auditorio quedará presentable. ¿Cuándo vendrá? ¡Dios mío!”

Ahora me encuentro con el auditorio repleto, con un graderío formado por las mil y una habilidades de nuestro João, por no hablar de la multitud de personas cerca de la puerta, dispuestas a tomar el pasillo en cuanto puedan. Me doy cuenta perfectamente de que, dada la forma de ser de la generación actual, nada de esto sería posible sin la vida eremítica. Si no fuera por el hábito, los movimientos, la seriedad, la dignidad y todo lo que de ahí se irradia a todo el mundo, desembocarían en el caos, el desorden y la confusión. La vida eremítica, tal como es llevada y se desarrolla, es la columna vertebral de la prolongación de la TFP a la generación de los “enjolras”. João crea una especie de atmósfera medio mítica en el éremo y sabe presentarles valores que no son los de hoy, pero que hablan a un nivel medio legendario, medio histórico —ahí es donde se mueve João—, y así consigue entusiasmar a la gente y mantenerles en estado de lucha en el terreno de la “transfere” y de los mitos.



El tipo humano que está naciendo es de primera categoría. El buen eremita de São Bento tiene una gracia por la cual entra en él un equilibrio. Por ejemplo, nunca he visto a ninguno de ellos que propusiese dejar de usar las botas o el hábito en los días calurosos. Los veo a menudo con calor, es natural, pero no noto ninguna indisposición porque llevan sus túnicas, ilo que es una actitud clamorosamente contraria a la de los jóvenes de hoy! Buscar eso en la calle es una quimera loca.

También me parece muy bonito el modo en que dan reverencia a quie-

nes les visitan y lo felices que se ponen, con una evidente alegría, cuando estamos allí. Las bendiciones de la Santísima Virgen residen allí, no hay otra explicación; ¡es extraordinario!

Entre ellos, no hay ningún tipo de preferencias ni de antipatías. No pelean entre sí. Es una convivencia abierta, como debe ser, muy fraternal, en la que el bullicio de la juventud encuentra la expansión propia de los “enjolras”, pero sin ninguna inmadurez. Es seria, amena, alegre, y no hay ni una pizca de amor propio, ni deseo de aparecer; ¡tiene toda la consistencia de algo absolutamente único!

Se trata de un conjunto heterogéneo, formado por personas de clases las más diferentes, pero que en la vida eremítica se encajan perfectamente. Y también hay que verlos en sus actividades diarias, porque sólo a partir de las ceremonias no se tiene una idea completa.

En una ocasión en la que tuve que corregirles, no hubo el menor resentimiento, ninguna de esas reacciones inmundas: “Nos esforzamos, y el Dr. Plinio, en lugar de elogiarnos, nos tira las orejas... No, es benéfico”. Y así, mil cosas más.



Santos del Día en el Auditorio San Miguel. A la izquierda, representaciones de algunas costumbres del pueblo español, en septiembre de 1989. A la derecha, conferencia del 19 de febrero de 1988



Arriba, el canto de la oración ante cenam; a la derecha, el izado del estandarte en el Éremo Præsto Sum a principios de la década de 1980



“Entrain” para el trabajo y la lectura

Lograr este estado de ánimo en los más jóvenes proviene, de hecho, de usar una técnica.

La forma en que João enseña a trabajar a las “enjolras” es una cosa fantástica, ¡es un prodigio! Escriben libros, investigan, estudian, dan conferencias. Allí se están formando hombres válidos y capaces. João intenta, por todos los medios, hacer que exterioricen al máximo sus cualidades y que se avergüencen de no exteriorizarlas. A veces, entro en contacto con uno u otro a quien conozco poco; voy prestando atención — es mi “munus”— y acabo encontrando en ellos cualidades extraordinarias que no había imaginado; las muestran con sinceridad —no mienten sino que las muestran— a veces incluso puede llevar la demostración hasta una cierta exageración, pero en el fondo corresponde a lo que hay en sus almas.

Lo que João ha conseguido con estos jóvenes para que estudien y adquieran conocimientos es asombroso. ¿Cómo nace esa innegable obra intelectual de São Bento y Præsto Sum?

¿Qué hace João? Lee y comenta los textos con gran vivacidad e inteligencia, pero él mismo no es un gran lector; es, sobre todo, un gran observador de la realidad y un ferviente seguidor de nuestras doctrinas. Transmite esto a los muchachos, que asumen la vida eremítica de buen grado, quieren enclaustrarse en ella y así tienen tiempo disponible para dedicarse a la lectura, sin la cual el éremo sería insoportable. João les ayuda a tener gusto por la lectura.

Uno de los elementos del éxito de la institución eremítica es un “tonus” de fuerza y dedicación que una gracia de idealismo basado en la fe pone dentro de São Bento, para lo que este edificio es incomparable y la influencia de João Clá es lo que es; sin eso, no sería así. Tendrían recopilaciones con doctrina moral que, por sí solas, no dan al hombre el estímulo necesario para ponerlo en movimiento.

¡Cómo él entusiasma, sostiene e impulsa es una cosa notable! ¡Notable! ¡No hay nadie como mi João Clá para *entraîneur*!⁶ Me doy cuenta de que él da a los “enjolras” la posibilidad de sentir alegría, esperanza y satisfacción dentro de un buen cami-

no, que no es el del pecado, del crimen y la melancolía. Consigue hacerles amar el bien, lo que en términos de *entraînement*⁷ es una gran hazaña.

Un modo magnífico de dirigir a los jóvenes

De todas las formas de acción en las que un hombre puede actuar, la más bella es actuar con las almas, porque son lo más precioso que hay en el universo. De manera que tratar con ellas, gobernarlas, dirigir las, despertar en ellas bellas armonías, conducir las hacia consonancias magníficas, es un modo excelente de ser el general de Dios, el general de la Santísima Virgen.

Son estas cualidades de general las que he visto en mi João y las he apreciado especialmente. Cuando le veo dirigir la orquesta, haciendo todos esos gestos con la batuta —forte y, de repente, piano— recuerdo su papel de guía de almas y pienso: “Aquí están bien representados los Éremos de San Bento y Præsto Sum: son una partitura escrita en el Cielo.

Son dos sinfonías permanentes de almas las que él va regulando, ajustando, sabiendo hacer el gesto necesario a cada paso para que estas almas no se debiliten y aquellas se entusiasmen...”

Dios creó a todos los ermitaños con intención de que sus almas fueran regidas de esta magnífica manera. Se dan cuenta de que están siendo guiados, y quieren serlo, para un fin que anhelan junto con el maestro, tan armonioso y melodioso, mi querido Juan. Y de ahí proviene esta maravilla que he apreciado de cerca y desde dentro, por la que doy gracias a la Santísima Virgen.

Hay otro aspecto: João es una persona muy limpia, siempre lo ha sido, incluso excepcionalmente limpia de alma y cuerpo. Pero no imaginaba que tuviera una comprensión tan perfecta de la necesidad de la limpieza material como revela su gestión en São Bento.

Fomenta el aseo personal, todo en São Bento está impecablemente limpio. Llego a analizar la limpieza del éremo y no he encontrado ni un solo lugar en el que se pueda decir: “Aquello no está bien, no es como debería ser”. Las alabardas y las espadas se relucen durante los ejercicios y las ceremonias de modo perfecto. Si tuviéramos una funda de almohada tan limpia como esos instrumentos para dormir por la noche, estaríamos satisfechos.

Es muy interesante su modo de ser en el arte de la corrección, cómo se lanza sobre aquellos a los que quiere corregir, de forma inesperada, pero sin jamás brutalizar.

Es un don, una aptitud. A veces noto que le ha dado un pequeño regalo a alguien, dejándolo un poco doblado, atontado y recelo que João lleve sus reprimendas demasiado lejos. Observo y observo, pero no me da esa impresión. Esto lo hace con una especie de dulzura de fondo y nadie se enfada. Nunca se oyó hablar de una revuelta de “enjolras” contra João Clá. Al darme cuenta de que uno de mis hijos ha sangrado un poquito, doy gracias a la Santísima Virgen. ¡Qué beneficioso es que haya manos tan buenas y expertas para hacer sangrar!

Por otra parte, quien trata con João no se da cuenta de todo lo que hay en su espíritu, porque él comenta poco —quizá debido a un fondo de timidez— y porque, por mucho que transmita, tiene un horizonte muchísimo mayor que el de los eremitas. Esto no se debe a una falta de receptividad por parte de ellos, ni mucho menos a una falta de deseo por parte de João de comunicarse, porque estoy seguro de que no hay nada

mezquino en no querer enseñar “el truco”. ¿Qué es lo que pasa? Resulta que el líquido precioso contenido en la cabeza de João no puede derramarse por completo en sus cabezas más pequeñas. De hecho, el tamaño de sus almas es menor y necesita ser ampliada con el tiempo, porque no pueden considerarse plenamente maduros. Por ahí podríamos tener una idea de cómo serían estas dos unidades, São Bento y Præsto Sum, si estuvieran formadas por otros João.

Un ordo para institucionalizar las costumbres

Una vez formado, el Éremo de São Bento, debía hacer una contrarrevolución tendencial, presentando un ambiente, un tipo humano y un estilo de ser aptos para producir una ruptura completa con el mundo de la Revolución. Debería irradiar eso al Grupo y, a través de él, al mundo.

En este sentido, sería lógico que la Santísima Virgen deseara para ellos



Presentación musical en agosto de 1990

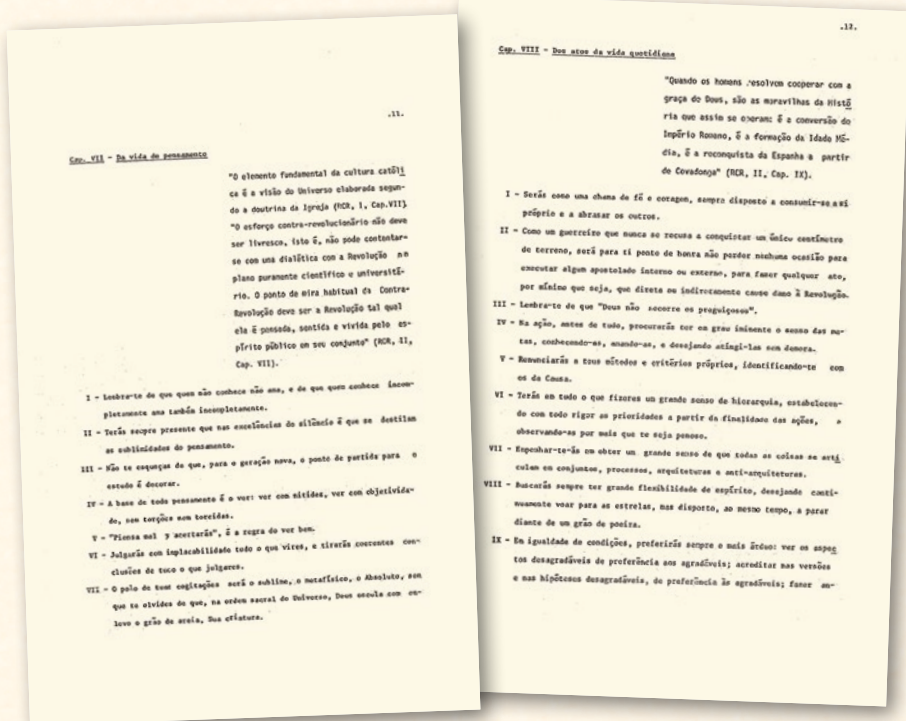


un *ordo*, con el fin de que la protección eremítica los acompañara allá donde fueran. Y ¡cuánto anhelaba yo esta regla! Ahora bien, las cosas deben nacer a su tiempo, lo que no siempre es aquello que deseamos, pero es el momento en que se dan las condiciones para el nacimiento. Así, que no le mencioné nada ni siquiera a João, y pensé: “Esto nacerá el día que la Santísima Virgen quiera”.

Pueden imaginarse mi alegría cuando João vino a invitarme a una reunión en la que se me ofrecería un *ordo* escrito. Lo que había estado esperando durante mucho tiempo, por fin lo recibía, el objeto de un viejo deseo, un deseo-oración. ¡Recé por ello! Cuando las cosas nacen así, son claramente fruto de la gracia, regalos de la Santísima Virgen.

Se fue estableciendo en el Éremo de São Bento un *maintien*⁸, y tenía curiosidad por ver si se extendería al Præsto Sum, no favorecido como São Bento por las incontables magnificencias del edificio. Y me di cuenta de que, gracias a Dios, del uno se comunicaba muy bien al otro, y me alegré.

São Bento y Præsto Sum son éremos hermanos que forman un todo único. Hablando de uno, hablo



Algunas páginas de la primera redacción del ordo de costumbres del Éremo de São Bento

del otro; cuando hablo del mayor hablo del más joven; cuando hablo del árbol, hablo del fruto. El querido Præsto Sum es un lugar lleno de gracias, un desdoblamiento armonioso del actual São Bento, que despliega esa llama llena de luz, de piedad, de voluntad de combatir, que es el espíritu característico que se les ha dado.

Ceremonial: elevación del espíritu hacia lo más elevado

En mi espíritu tenía la noción de que la Iglesia Católica es la reina de las ceremonias y de los ceremoniales. No hay nada más bello que el estilo de las grandes ceremonias litúrgicas. Pero, pensaba, si son tan bonitas, ¿Por qué no hacer ceremonias extralitúrgicas? ¿Por qué la rutina diaria de una institución no tiene su ceremonial parecido a la liturgia, sus desfiles, sus cánticos, sus oraciones, sus proclama-



Aspectos del Éremo Præsto Sum en sus inicios

ciones y su vida? Si la Iglesia —fuente de la más alta cualidad de vida que existe, la sobrenatural— utiliza la liturgia para comunicar vida a sus fieles, para animarlos, ¿Por qué la vida civil no ha de tener también un ceremonial? Siempre soñé “nuestra Orden de Caballería” con bellos ceremoniales.

Y me alegré mucho al ver que, a través de mi querido João, se fueron realizando esos anhelos míos también...

São Bento es el corazón del Grupo y, entre aquellas paredes sagradas, comenzaron a realizarse ceremonias y toda una serie de cosas que João supo promover excelentemente, con el talento y las gracias especiales que tiene para ello. Es un esfuerzo heroico. Si no fuera porque él estaba pedaleando, ¡no salía adelante! Y lo que me hace sentirme muy reconfortado, es la sensación que la gracia está siendo tratada como se debe. Se tiene conocimiento de la gracia, por el *lumem* del edificio y se vive en función de ella.

Nuestro João, con su entusiasmo, realiza las ceremonias como si fuera la primera vez, sin cansarse, y como si los eremitas fueran siempre “neófitos”. ¡Y hace bien! Es uno de los rasgos distintivos de la inocencia, que ciertas cosas sean siempre como fueron en su origen.

En las ceremonias, cuya belleza aprecio enormemente, está expresado el espíritu del Grupo, a través de la seriedad y la concentración, a través de la conexión continua del alma con los panoramas más grandiosos ofrecidos por la fe, para la consideración de la realidad que nos rodea en este mundo lleno cosas visibles y, sobre todo, invisibles: *visibilium om-*



El Dr. Plinio en una ceremonia en la capilla del Éremo del Amparo de Nuestra Señora, en julio de 1982

nium et invisibilium - todas las cosas visibles e invisibles.

Resalto que el estado de ánimo de los eremitas es precisamente de fe en el significado de las ceremonias. El espíritu, siempre prendido a lo más alto y elevado, produciría exactamente un ri-

to como los que comienzan a ser realizados. Los gestos, las actitudes, los movimientos y la vestimenta expresan exactamente lo que debe ser el Grupo.

Cuando el Apocalipsis relata la lucha que tuvo lugar en el Cielo entre los ángeles malditos y los Ángeles bienaventurados, dice: “*Prælium magnum factum est in cælo*” (Ap 12:7). Yo digo: “*Prælium magnum factum est in terra*”. ¡Una lucha tremenda se hace en la Tierra!

¿Y por qué? Porque, con el llamamiento y la dirección de mi querido João Clá y la correspondencia de los eremitas, los ángeles, a través de esta vida de ceremonial, seriedad y *enlevo*, abren un camino progresivo por el cual entran en la Tierra y ejecutan aquella lucha, aquella gran guerra, que no son las escaramuzas que los ángeles han librado hasta ahora contra los demonios, sino que es una batalla para arrasar el mal. ¡Esa batalla, nosotros la queremos por encima de todo!



Ceremonia en el patio del Éremo Presto Sum



Santo del Día en el Auditorio San Miguel, a fines de la década de 1980

Marchas y proclamaciones, una invención “Juanina”

Qué alegría fue ver los magníficos ceremoniales desarrollarse y, poco a poco, penetrar en nuestras reuniones.

¡Me acuerdo de la primera vez que los eremitas entraron en el Auditorio San Miguel marchando y cantando, con hábito! Ese día comprendí que Nuestra Señora extendía su mano al Grupo para sacarlo del

estado de miseria extrema en el cual se encontraba. ¡Es colosal!

Las marchas comenzaron a recorrer los espacios, siempre ejecutadas de un modo muy bonito. La precisión de los movimientos estaba enteramente adecuada, algo muy notable. Por ejemplo, mientras ellos ponen el brazo izquierdo en posición, el brazo derecho se mueve de un modo elegante, verdaderamente bello. La cadencia no tiene nada de lerdo, pero es tan lenta cuanto el sentido común

lo permite. ¡Todo bien pensado, con un sentido de sana teatralidad estupendo! Son las reacciones de la Providencia.

Y cuando comenzaron a hacer declamaciones, yo no había pensado que entraríamos por esa vía. Me gustó la primera vez, pero pensé: “Ellos declaman dos, tres veces, y eso termina muriendo; João y ellos inventan otra forma. Y como las invenciones en las esferas ‘juaníferas’ son incontables – ¡él es el señor de las mil ideas! –, yo no me

preocupo para nada en cómo será el *lendemain*⁹ de eso”.

Asistí a una proclamación, a dos, a cuatro y concluí: “¿No es verdad que eso es bonito? ¡Está muy bien hecho, bien organizado, y tienen entre ellos una complementación original!” Aludo al modo, al calor, a la técnica, a la pluralidad de voces. Los proclamadores sobre el estrado con voces excelentes, revestidos de hábito, ese todo constituyendo una escena magnífica. Me gustó enormemente.



Aspectos de ceremonias en el Éremo del Amparo de Nuestra Señora, a inicios de la década de 1980



Aspectos del Éremo de São Bento II. En el sentido horario, ceremonial en el Patio de la Cruz; ceremonia de marcha en el claustro; cortejo en dirección al refectorio.

Procuro así explicar la alegría que la declamación me da. Sincera, profundamente sentida, bella, bien organizada, expresando en el plano temporal el espíritu de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Es una escuela. Y João tiene el don de fundar escuela para todo, porque todo eso tiene su sello en la raíz.

Con el ceremonial de los éremos, el Reino de María lució para el mundo

Él transmite, ante todo, un espíritu que, reluciendo en la perfección de los pormenores, da esplendor y deja a todos estupefactos. ¡De esa manera nace esta obra estupenda en su conjunto! Ella es tan rica, es un tal tesoro para una organización como la nuestra, llamada a actuar en el Reino de María, que no se puede hablar de Revolución y Contra-Revolución sin conocer eso.

Lo bonito es que todo se hace entera y meticulosamente conforme a mi espíritu. Yo puedo afirmar que cuando entré al Movimiento Católico, sin haber imaginado esos hábitos, ni esa ceremonia, ni ese claustro, ilo que yo quería era eso! Y ahora veo al Grupo presentarse enteramente de la manera como me gustaría que fuera, a tal punto que, si una persona hubiera abierto mi cabeza con una sierra para descubrir allí adentro cómo pen-

saba yo, encontraría todo lo que ahora está realizado, sin quitar ni poner. Sin embargo, yo mismo planeé y propuse poco; directamente dado por mí, solo está el hábito. No fui yo quien tracé los ceremoniales, ni di instrucciones. Solo acompañé, con una atención disfrazada, porque debemos observar como quien no observa y analiza –y hasta qué punto– el último pormenor, con aire distendido y afable de quien no está haciendo pasar a los otros por un examen. Hace parte de la amenidad de la vida.

Ninguna de las evoluciones fue idealizada por mí, lo cual indica exactamente que quien quiso interpretar con fidelidad mis deseos, lo entendió con perfección. De hecho, João no tendría la mentalidad y el estado de espíritu para comprender tan bien lo que yo considero la ceremonia ideal –en nuestras condiciones actuales–, si no fuera por una unión de voluntad muy grande conmigo. De manera que yo me considero autor *maior*, o sea, autor por excelencia de esas ceremonias.

En ellas se practica un verdadero ejercicio espiritual, una preparación para la hora de la “*Bagarre*”. Llegará un día en que los ceremoniales se desdoblaron y traerán, eventualmente – en sus ritos y en sus celebraciones–, las marcas de la “*Bagarre*” que se aproxima y los esplendores del Reino de María que viene. El mundo entero se alegrará en saber que ese ceremonial fue realizado incluso antes de que la “*Bagarre*” se desencadenara y de que el Reino de María luciera para el mundo antes de que él fuera instaurado.

La realidad por fin se muestra

Más o menos como las antiguas momias de Egipto, el Grupo vivió durante años –vivo y real, es cierto que las momias no viven, pero íntegro como ellas son– llevando su cuerpo y su rostro de tal manera cercados de tiras, que no se podía saber verdaderamente qué había por



detrás; ahora, por fin, él se desvenda de una faja más que lo circundaba. ¿En qué sentido de la palabra? Con las ceremonias realizadas por los *éremos*, el Grupo muestra una parte de su realidad que los primeros ya entreveían en los momentos iniciales y que, poco a poco, se fue volviendo más clara, más evidente, pero que encontraba afuera y, ¿por qué no decirlo?, también dentro de casa, en alguna medida, obstáculos para desvendarse por entero.

Mi corazón rebosa de alegría, porque se puede decir que el Grupo comienza verdaderamente el acto final de su nacimiento. Ese comienzo me alegra, porque veo, en las manifestaciones externas, al Grupo mostrarse como es y, en la manifestación interna, a los espíritus comenzar a llegar a aquel último escalón de seriedad, de sacralidad, de lógica, de fuerza, de determinación, de inflexi-

bilidad, de recogimiento, de piedad y de espiritualidad todos puestos en el Sapiencial e Inmaculado Corazón de María. Yo veo que esto comienza a brillar y percibo que aún no es el grueso de las gracias que bajarán sobre el mundo con el “*Grand Retour*”, pero es una nube que lo anuncia.

Aquí está la nubecilla, que ya no merece ser llamada así, pues tiene un tamaño que camina para medio tamaño, y de este para grande. Cada vez más se agravan los acontecimientos, de manera que podemos esperar que en el futuro –cuyo día exacto no sabemos, pero que el calendario de nuestra alma va marcando siempre, y está volviéndose cada vez más próximo– al fin venga aquello deseado por nosotros por encima de cualquier otra cosa: el “*Grand Retour*”, esto es, el Reino de María en nosotros, antes de que él se realice en el mundo.

Los *Éremos* de São Bento y de Præsto Sum fueron una primera clarinada que anticipa el “*Grand Retour*”, y cuya maravilla excede nuestra esperanza. El Grupo, como un conjunto, comenzó a seguir esa vía que habría seguido si hubiera sido fiel y, si Dios quiere, ha de continuar su caminata hasta la hora de la gloria.

¡Vamos, pues, queridos míos, para adelante!

Nuestra Señora os bendecirá y yo os acompañaré, acolitado por mi espléndido João Clá, que de un modo tan excelente dirige todo ese río de la TFP que aquí se manifiesta. ♦

- 1) El Dr. Plinio, desde el momento en que concibió la lucha contra la Revolución, de niño, pasó a esbozar en su interior el perfil de la fundación que anhelaba: no una Orden de contemplativos, a la manera de los benedictinos o de los cartujos, sino algo que tuviese las características de una Orden de Caballería, por la combatividad y el odio al mal, además de una acentuada sacralidad, exteriorizada en las costumbres y ceremonias.
- 2) En 1968.
- 3) *Éremo* Præsto Sum, situado en una espaciosa casa quinta en el Barrio Santana, en São Paulo.
- 4) Se designa como São Bento I la primera tentativa, no correspondida, de la fundación de la vida eremítica.
- 5) São Bento II fue la restauración de la vida eremítica en el predio del *Éremo* de São Bento. Esa nueva fundación ocurrió el 7 de marzo de 1977.
- 6) Del francés: formador que entusiasma.
- 7) Del francés: formación con entusiasmo.
- 8) Del francés: manera como una persona se porta en sociedad.
- 9) Del francés: el día de mañana.



Aspectos del Éremo Præsto Sum. En destaque, izamiento del estandarte con el canto del Credo; a la izquierda, vista del jardín durante el cortejo; a la derecha, cortejo en dirección a la capilla



VI

VARÓN PROVIDENCIAL

Siempre en el extremo límite de sí mismo, afectuoso y combativo; lleno de imprevistos y sorpresas, dando a todo una nota de alegría y jovialidad; eficaz en la fuerza de persuasión, con un espíritu absoluto, humilde y abnegado; tales son los atributos del Sr. João Clá, dotado de un carisma especial para el apostolado.

Fotos: Archivo Revista

Uno de los más excelentes trazos de alma de João es que hay en él alguna cosa desmedida, pero saludable y espléndidamente desmedida.

En el extremo límite de sí mismo

Sus mejores élanes –¡y cuántos son! ¡el día entero!– van en una dirección de alma que me agrada enormemente: ¡la de llegar hasta el fin! Se podría decir que su modo de ser se condensa en la frase: *À la fin de l’envoi, je touche!*¹

Nunca lo vi pendenciero, sino ligeramente *frondeur*,² siempre en la fina punta de la iniciativa de la lucha, en la punta de la última estocada, para hacer aquello de más saludable, con criterio y católicamente extremo que se pueda imaginar. A aquellos que no les gustan los radicalismos deben hervir viéndolo pla-



El Dr. Plínio con el Sr. João Clá, durante una ceremonia el 14 de diciembre de 1994



near, actuar y hacer, efervescente de vitalidad, de sana agresividad.

¡Sus movimientos son movidísimos, sus miradas, “miradísimas”! Yo siempre había oído hablar de cómo los ojos andaluces eran grandes y especialmente expresivos. Mucho más tarde vine a conocerlos y concordé perfectamente con esa apreciación. Aquellos enormes ojos redondos de João, casi desmedidos, sin llegar a serlo, tomando una buena parte del rostro, son luminosos, suaves, movedizos y afectuosos, expresando sucesivamente connotaciones que nunca son bruscas, sino casi siempre inesperadas; ojos que observan todo y, en el buen sentido de la palabra, son soñadores. Él los abre con una expresión única, analiza todas las cosas de un modo espantosamente ágil, penetrante y, al mismo tiempo, discreto. Y así presenta una serie de contrastes armónicos, que hacen de la consideración de esas miradas un entretenimiento.

Al hablar, João contiene sus vibraciones y emociones, pero se ve que por detrás está burbujeando. Él no hace otra cosa sino expresar lo que vieron esos ojos andaluces y

lo que ese corazón católico, mucho más que simplemente andaluz, experimentó con respecto a aquello que fue visto. Todo él está siempre en el extremo límite de sí mismo.

La medida de amar a Dios, dijo San Bernardo, consiste en amarlo sin medida.³ ¡Cuánto me gusta esa posición! Debemos tener, realmente, algo de ilimitado, que constantemente señale un extremo límite que nunca alcanzamos y hacia el cual siempre tendamos, que solo alcanzaremos en el momento en que, exhalado nuestro último suspiro, le damos el primer ósculo a los pies de Nuestra Señora. Esa postura de alma me agrada mucho.

Combativo y afectivo; español-italiano, hijo de Brasil

Estoy seguro que aquellos que saben verdaderamente combatir por Nuestra Señora, saben también agradecer según Ella. ¡Los que de hecho saben agradecer por Ella y en Ella, saben combatir! La disociación entre el afecto y el espíritu beligerante, entre la lucha y el cariño, es falsa y revolucionaria, presupone opciones inaceptables.

¿Cómo puede el hombre ser afectivo y por eso renunciar a ser combativo? ¿Cómo puede el hombre ser combativo y renunciar a ser afectivo?

En João tenemos a un hombre con esas dos cualidades, un hijo que sabe combatir y sabe prodigiosamente agradar, utilizando la afectividad y la suavidad... Hay una parte de su alma muy preservada, a cuyo encanto él une ese lado afectivo para convencer a los demás y llevarlos a hacer lo necesario. Él tiene varias formas de suavidad: una es aquella acariciante y subrepticia, con la cual pasa una noticia un poco complicada. Muy amigable y simpático, él tiene una forma hábil de agradecer y, al mismo tiempo, de hacer presión, que es una obra prima. No se trata de la mera brutalidad, ni de la mera sonrisa débil, sino de un punto de equilibrio fantástico. ¡Cómo estoy habituado a sus buenos procedimientos y sus buenos tratos!

En toda su acción, él, muy movedizo, trae la efervescencia española con sus atractivos sevillanos únicos. Esta sangre efervescente de la Andalucía brillante y gloriosa circula como una luz en su personalidad, poniendo los afectos brasileños en movimiento. Hay ciertas manifestaciones suyas en las cuales se siente la fibra de la España un poco bañada por las aguas de Brasil, en lo que ella no perdió nada y, en cierto sentido, ganó.

¡Cómo me parece que el temperamento español, con sus ebulliciones, completa bien el temperamento brasileño, en lo que este tiene de pacífico, de quieto y de afectuoso! Tal unión se realiza muy bien en este hijo mío particularmente dilecto, que me alegro de tener a mi lado, bien cerca de mí: mi querido João Clá, hijo de España y de Italia, nacido en Brasil.

João posee todo un bagaje de talentos, herencia de Andalucía y de Italia: tiene lo heroico del español y lo comunicativo del italiano, la vivacidad española y algo del encanto italiano mezclados. Y así tenemos en el



El Dr. Plinio con el Sr. João Clá, durante una ceremonia el 9 de diciembre de 1991

Grupo esa síntesis ítalo-española célebre, formada en su persona; iuna hebilla entre esas dos naciones de sol, de luz, de sonido, de repique! Español cien por ciento, italiano cien por ciento, sin una gota de sangre brasileña; sin embargo, más brasileño que español e italiano, si por brasileño se entiende no solo la pertenencia a esta tierra, sino la adquisición de aquel imponderable del espíritu de esta nación nuestra, que hace de él el maestro no solo de todas las dedicaciones, buenos ejemplos y buenas enseñanzas, sino de todas las habilidades, arreglos, corajes y sorpresas.

Él es un hijo de este Brasil que trabaja y lucha; de este Brasil que, a pesar de tener poca o nada de sangre brasileña, se vuelve intensamente brasileño por el convivir, por ósmosis, de tal manera que se puede decir que nadie es más brasileño que él; ide este Brasil que mi querido João Clá representa tan bien!

Inteligente, astuto, observador

João es inteligente, muy bien dotado, con una capacidad de movimientos y raciocinios bastante rápidos, con intuiciones y planes sapiencialmente equilibrados, de una sabiduría que no es de pesar tanto los pros y los contras, sino de ver enseguida la solución e ir corriendo rumbo a ella. Esa es la sabiduría de mi João. Y yo sé que él decide lo que yo decidiría.

¡Al mismo tiempo, en su omnímoda astucia, es lleno de percepciones, que constituyen un mensaje magnífico! Estas riquezas de alma, cuando son aprovechadas, le dan a la inteligencia un mundo de premisas y la posibilidad de coger una serie de observaciones. Cualquier cosa que sucede, João la capta e inmediatamente la relaciona. ¡De hecho, él es un observador meticuloso, además de buen narrador y psicólogo de primerísima!

João es arriesgado, dispuesto a todos los riesgos; fogoso y muy valiente. Él sabe cómo avanzar y también



El Dr. Plinio con el Sr. João Clá en el Auditorio San Miguel, en 1982

cómo retroceder. ¡Es el hombre de los mil pasos y mil malabarismos, capaz de todas las destrezas, tan reactivo, saltarán, hábil! Un excelente abogado de las causas difíciles y hasta de las imposibles.

Sorpresas e imprevistos

¡Nuestro João nada en los imprevistos, es un hombre de sorpresas! Pero es todo su *faire*⁴, porque me da la impresión de que sus golpes rinden bien cuando son imprevistos y, si él los planea, no saldrían tan buenos. Él deja en suspenso hasta la última hora y es incapaz de organizar algo en que las sorpresas no estén pre-

sentes, sin tener la intención de pregonarlas, porque entonces perderían completamente la gracia. La sorpresa, cuando es planeada, no es sorpresa ni para quien la produce, ni para quien la recibe, tiene olor a fábrica. La verdadera sorpresa es aquella espontánea, que sale del movimiento normal de un alma, y causarla es uno de los deleites de João.

¿Dónde falta la sorpresa en las obras organizadas por mi querido João? Muchos hombres dan malas sorpresas, pero mi querido João podrá pasar a la Historia como el João de las buenas sorpresas. Es su marca registrada...



El Dr. Plinio y el Sr. João Clá durante una cena en el apartamento del Primeiro Andar, en la década de 1990

Como él es entusiasta de la improvisación, circula en torno a él una tesis que me llegó a manera de *sotto voce*:⁵ cuando improviso, sale mejor que cuando planeo. De donde, a veces, el sábado en la noche, no me dicen cuál es el tema de la reunión; pregunto y noto que se escurren entre mis manos. Después me las tengo que arreglar en el momento, y me parece que a él le gusta “improvisarme”. Son “celadas” que él hace conmigo y que me revelan cómo es su cabeza.

Él *coule en douceur*,⁶ pero sin infringir la obediencia. Es necesario este homenaje a mi querido João Clá: él es muy obediente y sumiso. Yo apenas enuncio amablemente algo y él ya lo toma como una orden; basta percibir que quiero alguna cosa de una forma o de otra, que él la ejecuta.

La alegría de la virtud y de la seriedad

Ahora bien, su gran mérito se reduce a un auge, que es la alegría de la virtud, del amor a Dios, de la admiración. Sentir esa alegría es la salud del alma; transmitirla es expulsar acedias, sobre las cuales actúa el peor demonio, que causa el tedio en

los asuntos relacionados con la virtud y con Dios. João tiene esa alegría en una alta dosis. Él se alegra con admirar y llevar a los otros a eso, comunicándolo con cierto don.

Él es *espiègle*,⁷ animado, tiene todas las habilidades, todas las *espiègeries*, tiene cosas graciosas y pone siempre una nota jocosa en aquello que hace, de manera que, sin una pizca de jovialidad hollywoodiana, él tiene el don de provocar la buena sonrisa –digo aún más, lo que tal vez es más difícil–, de causar la buena sonrisa, con todo lo que conocemos en él de diestro, de brillante, de *enjouleur*,⁸ de fascinante, de persuasivo... Este es uno de los aspectos altamente elogiados de la formación dada por él a los “enjloras”. Cuando hay que dar un paso, él lo presenta como algo práctico, fácilmente accesible, y de un modo muy alegre, que atrae. Así, João mantiene un ambiente de alegría que, por otro lado, no excluye en nada la seriedad.

Esta es una virtud que yo procuro tener, tanto cuanto es posible. ¡Yo tomé la seriedad en mi espalda, como una cruz, y anduve con ella por el mundo moderno! Esa seriedad ahuyenta, inclusive en la TFP, en la cual existe la miserable tendencia a conver-

sar sobre la última marca de automóvil, sobre el nuevo tipo de avión que está haciendo el circuito Brasil-Europa, sobre mil miserias de esas, no consideradas bajo el punto de vista sobrenatural, sino bajo un prisma prácticamente ateo. Como resultado, yo produzco un vacío en torno mío.

Y Nuestra Señora le dio a mi querido João la gracia, la levedad, la vivacidad, el encanto, por los cuales él puede ser, de una manera leve, el apóstol de la seriedad. Sin hacer sentir a los “enjloras” el peso de esa virtud, los lleva en la alegría de su juventud hacia el auge de la seriedad, haciéndolos subir esa montaña como sube el alpinista, sin medir el número de pasos ni el camino que quedó para atrás, únicamente mirando hacia la cumbre!

El modo de ser de João y el mío son muy diferentes. En mi calma sedentaria, tranquila, y en mi modo de prever y de hacer las cosas, no caben los imprevistos, las pintorescas castañuelas y el zapateado de la Andalucía de João, que él hace bien en cultivar. Son aspectos totalmente diversos, pero creo que él me completa; me alegro al ver que él tiene eso, me río agradablemente, estímulo, y João lo siente.

Yo tiendo hacia una forma de solemnidad, a lo *compassé*,⁹ a lo ordenado, a la *bataille rangée*, y no a la *bataille mêlée*¹⁰ de João, aquel “pastel” que da vitalidad para que todas las personas salten, ríen, aprendan y admiren. Porque es verdad que, cuando João toca castañuelas, sale fuego de dentro de ellas. Él podría discutir a gusto sobre los temas que trata sin castañuelas, pero interesarían mucho menos... ¡Ese es João!

Ahora bien, él es una persona graciosa, pero en el fondo tiene mucho sentido del dolor, aguanta problemas difíciles, pasa por situaciones insoportables. Como resultado, ilas bendiciones se derraman sobre lo que él hace! Considerarlo un *vincitore*¹¹ perpetuamente feliz es la visión más superficial que hay.

Presente en todo

Mi João tiene el don de ubicuidad. Él está presente en todo lugar, y no sé cómo encuentra tiempo para hacer todo lo que hace.

Algunas veces quedo abismado cuando voy a hacer la siesta, pienso instintivamente que João va a cuidar de otras cosas, y al despertar, lo encuentro rezando el Rosario en mi *hall*. No sé qué hizo durante ese tiempo, si realizó doscientas llamadas por teléfono o rezó doscientas Ave Marías, pero el hecho concreto es que allí está mi João, con su gran mérito y aún más que eso, con la dedicación, empeño y gratitud, ¡virtud tan escasa hoy en día! ¡Su presencia es un verdadero tesoro!

¡Él tiene unos vuelos de alma variados! Hay pajaritos que vuelan con continuidad, otros, discontinuamente. Si el alma de mi João tuviera que ser comparada a un pajarito, no sería ni uno ni otro. Él tiene continuidades que se interrumpen bruscamente para nuevas continuidades, y éstas no son continuas entre sí, son súbitas como el rayo. Sin embargo, en cada continuidad la línea es recta y... allá va él ¿Quién tiene un alma así?



El Dr. Plínio y el Sr. João Clá durante una Misa en 1985

Modelo de abnegación y humildad

Al interior del Grupo se oyen muchas críticas a João Clá, pero no tienen la osadía de decir que es vanidoso de su situación, de la cual con mucha facilidad podría enorgullecerse. Si el no fuese –con la gracia de Nuestra Señora– un modelo de abnegación, una persona que procura no aparecer y hablar de sí, podría ha-

cer daño a mi autoridad tanto cuanto quisiera, por su influencia sobre los más jóvenes; llamando la atención hacia él, con un simple gesto de su rostro o guiño de manos. Eso no sucede, porque él tiene mucha humildad en el ejercicio de su cargo.

No siendo notorias las virtudes auténticas, naturalmente los otros no las notan en él. El espíritu negligente, sólo nota las virtudes superficiales o inauténticas. Yo podría tener diez hombres discretos e “insignificantes” – diez João Clá, para abreviar la metáfora, detrás de los cuales yo viajo en el esplendor–, y todo cambiaba.

Como João no bebió de la copa del mundanismo, puedo elogiarlo en público, elogiarlo por las buenas obras que realiza, sin riesgo de suscitar en él vanidad alguna. Siempre está escondido cuando se trata de hacerlo presente o elogiarlo; evita tanto cuanto puede alguna alusión personal, se eclipsa o literalmente huye, es pintoresco y habitual en él... y en el momento de los aplausos, suele no estar presente. A veces lo procuro con la mirada –tenemos una comunicación por la mirada, bastante precisa– y no lo veo. Necesito ir a algún observatorio astronómico e indagar cuál es ese cuerpo celeste más eclipsado, el cam-



El Dr. Plínio llega a la Sede del Reino de María, en Enero de 1979



peón en el arte de eclipsarse; será su concurrente. En todo caso, él está en el fondo de mi corazón y me alegro de poder haber dicho esto.

Carisma y gracias. El apostolado, solo da frutos en las manos de él

Acostumbro llamar a João, bromeando, el “carismático”. Analizando en profundidad, según mi manera de ver, entre los mil dotes, talentos, aptitudes y destrezas que posee, es excepcional la capacidad que tiene de entretener, es entretenidísimo; conversar con él es muy agradable. No solo es un buen apóstol, además, es dotado de cualidades de comunicación, de modos de hablar, de vivacidad y poder de atracción y otra serie de predicados que hacen de él una figura privilegiada, un maestro en materia de apostolado.

Por una gracia, un carisma especial –creo y según todo demuestra, la Providencia se lo dio– él supo crear en los jóvenes una contraofensiva en favor del bien.

La única persona que se adaptó a los “enjolras” es João Clá. Toda forma de apostolado, directa o indirectamente en las manos de él, atrae y se desarrolla. Cuando se está fuera de su influencia, quizás hasta se forman grupos, pero se deshacen al cabo de un tiempo porque la fuerza de aglutinación parece nula.

Todo lo que él hace, tiene fecundidad, estabilidad. Los que lo siguen, tienen una docilidad que se podría llamar modelar. Toda esa obra, la formación que él les está dando, tiene un sentido evidente, es una ventaja para esos jovencitos que la reciben.

¿Qué quedaría del Grupo, si se retirara la obra de mi João? Por ejemplo –que Dios nos libre y guarde–, si yo lo enviara a una misión arriesgada en Polonia, y los comunistas lo retuviesen durante un año, mi mayor recelo sería que la “enjolrada” se disgregaría.

Por lo tanto, no es cuestión de retirarlo y poner otro, no es cuestión de capacidad, no es que uno hace mayor bien y otro menos; es un *savoir faire*, es un don de despertar interés en los más jóvenes, una adaptación a lo que ellos desean. El resultado cabe a Nuestra Señora, no a él. Ella le otorga esa gracia y se vale de él para el apostolado e impulsar una serie de cosas del Grupo de modo maravilloso.

Los carismas, en general, no son dados en razón de la virtud de quien los recibe, pero en el caso de João, sí. Lo esencial es la llama que él co-

munica, para esto es preciso un grado de fervor y un estilo que en él existe a los torrentes. Acrecentemos la gracia, pues sin su auxilio no se hace nada y se explica la existencia de esa obra extraordinaria.

Factor de unión con el fundador

Considerando el Grupo en Brasil y globalmente, se encuentra mucha cosa buena dentro de él con la gracia de Nuestra Señora. Sin embargo, lo que pueda tener de más dinámico no se encuentra fuera de São Bento y Præs-



El Dr. Plínio y el Sr. João Clá en 1982



Momentos del Concierto en homenaje al Dr. Plínio por su cumpleaños, promovido por el Sr. João Clá el 11 de diciembre de 1990.



to Sum, áreas específicas donde João trabaja, caracterizadas por una unión toda especial conmigo. Por ejemplo, impresiona las gracias que soplan en los retiros predicados por él a los ére-mos: “*Non fecit taliter omni nationi et iudicia sua non manifestavit eis*” (Sl. 147,20). (No hizo así con todas las naciones, ni reveló sus juicios). Para todo el grupo no fue igual, no se manifestó esa asistencia, bondad y designios en las otras unidades del Grupo, como allí se manifestó.

Hubo varios intentos de expansión del Grupo por Brasil, todos fracasaron, algunos conjuntos quedaron esparcidos y de esos, algunos miembros se entibieron y salieron; otros, los acogimos y fueron elevados a lo mejor de sí. Pero la expansión como tal fracasó, hasta en determinado momento que São Bento y Præsto Sum, con el tipo humano formado en esos ére-mos, comienza una difusión real y auténtica de grupos estables por todo Brasil. Y se dio porque él tuvo el coraje de mirar enteramente al fundador y aceptarlo.

Por lo tanto, comenzó a existir en el Grupo un poderoso factor de

unión conmigo, de entusiasmo, decisivo, que no puedo dejar de mencionar con especial afecto. Ese factor tiene un nombre: João Scognamiglio Clá Dias, a cuyo impulso, por su celo, garbo de personalidad, comunicatividad, el Grupo debe el entusiasmo característico de la etapa histórica en la que actualmente se encuentra. Tal es el apostolado desarrollado por João, con el éxito que percibimos, muy de acuerdo con mi espíritu y mis intenciones.

¡Cuánta y cuantísima cosa, la Causa de la Contra-Revolución debe a João! ¡No hay palabras que lo expresen!

1) ROSTAND, Edmund. *Cyrano de Bergerac*, Acto I, escena 4. Esta frase se podría traducirse literalmente así: “Al final de la estrofa, yo os toco”. Sin embargo, su sentido profundo es manifestar la valentía y la osadía del personaje de Rostand.

2) Del francés: desafiante.

3) SAN BERNARDO DE CLARAVAL. *Tratado del amor a Dios*, c. VI, n.16. In: *Obras Completas*, 2 ed. Madrid: BAC, 1993, v.I, p. 323.

4) Del francés: hacer

5) Del italiano: en voz baja, como un secreto.

6) Del francés: deslizar discretamente.

7) Del francés: travieso, ingenioso.

8) Del francés: cautivante.

9) Del francés: formal, serio.

10) *Bataille rangée*: “Batalla Campal”, muy organizada dentro de un orden y esquema.

Bataille mêlée: batalla sin orden, del caos propio del enfrentamiento.

11) Del italiano: vencedor.

12) Del francés: saber hacer, como hacerlo, con habilidad.



VII

LEGADO DE DOÑA LUCILIA

Sólo un amor filial a Doña Lucilia haría posible que floreciese en torno de ella una algarabía afectuosa de tantos otros hijos. Por el modo tan especial de hablar sobre ella y ponerla en foco, surgió uno de los aspectos más penetrantes y fecundos de la gran acción que Mons. João desarrolló en el Grupo.



Doña Lucilia un mes antes de su fallecimiento

Mi trato con Doña Lucilia era del modo más cariñoso posible. Creo que nunca se vio a un hijo ser más afectuoso con su madre que lo que fui yo. La trataba de “mi bien” a los torrentes. ¡Pero eso era lo mínimo de todo lo que le decía!

Discreción al elogiarla

Varias veces analicé a mi madre implacablemente, porque quería tener la absoluta certeza de que mi apreciación de su persona era real, no me dejé llevar por lo que se podría llamar las respetables flaquezas del amor filial, y, por supuesto, no hacer de ella una imagen mejor de lo que sería la realidad. La examiné inexorablemente, la sometí a una especie de test y puedo decir — con entera precisión y objetividad— que siempre salió victoriosa, con naturalidad, sin percibir ni de lejos que estaba siendo observada o probada.

Todo lo que ella hacía, yo me daba cuenta de que era como debería ser.

No encuentro palabras adecuadas para expresar esto, por causa de la emoción que el hecho me da.

Alguien podría decir: “¿pero por qué usted no nos dijo esto antes?” Por estas y aquellas razones, soy extremadamente discreto al tratar de mi madre. No porque tuviera alguna duda respecto a ella, sino porque a nadie quería dar la impresión que en algo la devoción a ella, fue estimulada y favorecida por el afecto de un hijo que la quería inmensamente.

Frialdad incomprensible de los familiares y amigos

Por otro lado, viéndola tan descuidada por la familia, percibía que el bien que ella me hacía era una acción puramente individual. En el Evangelio de San Juan leemos este pasaje: “*Quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri, his qui credunt in nomine ejus*” (Jn. 1,11). Nuestro Señor vino entre los que eran de Él —o sea, nació en la familia de David, en la Casa de David, en el pueblo de David como convenía—, pero estos no lo recibieron. Esto se podría decir de Doña Lucilia: ella nació donde le era propio, más los que eran de ella no la acogieron.

En una u otra ocasión, ella conoció miembros del Grupo que también la trataron con total indiferencia. Cierta vez, uno de esos me dijo: “Doña Zili (hermana de Doña Lucilia) me parece mucho más simpática que Doña Lucilia, no hay comparación”. Si no fuera porque está de por medio el interés de la Causa Católica, era mejor abrir las puertas y sacarlo. Esa, la dejé pasar.

Viendo esas actitudes, nunca imaginé que la presencia de ella hiciera algún tipo de bien al Grupo.

Ahora bien, no comprendía el porqué de esa postura ante ella. ¿Habría una persona más apropiada para disipar la frialdad que ella? Todavía viva, varias veces me puse este problema: “Si yo no fuese su hijo sino su sobrino, ¿cómo sería mi relación con ella?



*El Dr. Plinio el
25 de febrero de 1995*

Y concluía: “Sería casi el mismo”. Sólo no sería idéntico, por una única razón: yo no tendría las mismas ocasiones de encontrarme y estar junto a ella. Por lo demás, sería lo mismo.

También imaginaba: ¿Y si ella fuera una persona que la conociese en la sociedad, qué actitud ten-

dría yo? Sería la misma. Creo que, en cualquier lugar del mundo que la hubiese conocido, hubiese sido atraído por esa mirada de ella, por su modo de ser y habría hecho una amistad con ella indestructible. También tengo la impresión que yo habría sido muy del agrado de ella.

¿Cómo era posible quedar frío delante de esa bondad? ¿Cuándo ella los saludaba, no sentían su benevolencia? ¡Yo no comprendía!

Hecha para tener millares de hijos

Durante los análisis que hacía de mi madre, la miraba y pensaba: Hay algo de axiológico en la vida de ella que parece no estar bien arreglado. Ella posee una afectividad enorme, fue muy afectuosa como hija y como hermana, afectuosísima como mamá y esposa, como abuela y aún como bisabuela. Ella llevó su afecto hasta donde le fue posible. En todos esos afectos, tengo la impresión que hay una nota dominante, es el hecho sobre todo de ser madre.

Ella posee un amor transbordante, no sólo con sus dos hijos, una nieta y un bisnieto que tuvo, sino también para los hijos que no tuvo. Se diría que está hecha para tener millares de hijos y su corazón palpita de deseos de conocerlos. Sin embargo esos hijos no vinieron ni podrán venir en ese número tan exorbitante. ¿Entonces, cuál era la intención de la Providencia con eso?

Solamente tuve la respuesta a esa indagación — y qué respuesta magnífica — cuando comencé a ver que en torno de la sepultura del Cementerio de la Consolación, los hijos esperados comenzaban a florecer. La tum-



ba de ella se tornaba un “vivero”. Lo veo adornado de flores con un buen gusto, con arte y sobriedad, que sólo un afecto filial como el de João puede exteriorizar, impulsar, coordinar...

Si no fuese por João, ella habría sido sepultada y su tumba sería tan poco frecuentada como la de sus padres, que está a dos pasos, o como las demás, casi nunca visitadas. Eso se desarrolló así, por la acción de la gracia y de terceros como João.

Una tristeza que apartaba a los otros y atrajo a uno

Tengo la impresión que algunos miembros del Grupo terminaban apar-

tándose de mi madre, en el fondo, por cierta tristeza que ella cargaba consigo.

No es posible entender bien la Iglesia Católica si no nos colocamos delante de la perspectiva, de que lo normal de la vida terrena es ser, ante todo una gran guerra y que para vencerla, es necesaria una inmensa crucifixión interior. Resultado: el estado de espíritu habitual del católico deber ser profundamente serio. Ahora bien, para el católico de este siglo —de un modo especial, para los que tienen nuestra vocación— la dificultad es sufrir el drama de la Iglesia con esa seriedad.

Fue João quien tuvo el mérito de dejarse atraer por esa tristeza de mi madre, encantarse y llenarse de luz.

En los últimos destellos de la vida, la aurora de una devoción

Mi crisis de diabetes, con las enormes probaciones que me acarreo, fue la oportunidad para que algunos conociesen a mi madre en los últimos destellos de su vida. No la habrían conocido a no ser por eso, pues yo cortaba a muchos el comparecer en mi casa, para evitar comentarios. Yo pensé: “No puedo prohibir a esos jóvenes de venir aquí (a mi casa), de alguna manera les pertenezco y tienen derecho de disponer de mí. Tan enfermo como estoy, no puedo decirles que no vengan. Es un derecho de los hijos frecuentar la casa del padre, cuando éste está enfermo”. Las puertas que estaban cerradas se franquearon exclusivamente en esa ocasión y hubo una aproximación que abrió aún más los ojos de João hacia mi mamá y para este hijo, que ella trajo al mundo.

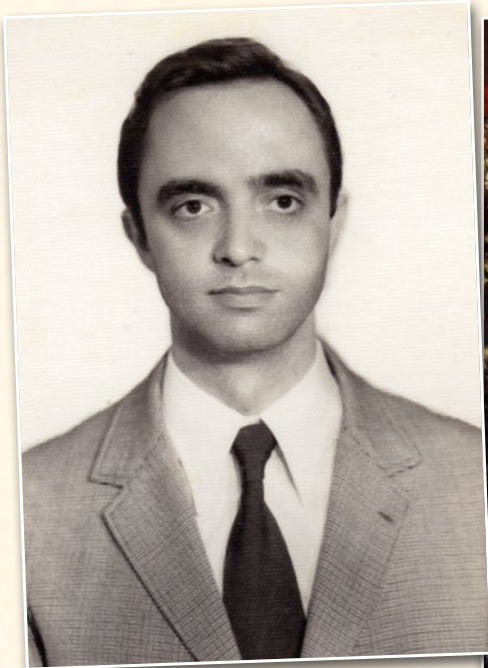
Tuve la vaga idea de que ella conversaba con todas las personas que me aguardaban en el salón. Aunque ella estaba al final de su vida, en condiciones de poca lucidez, yo sabía que era muy bien tratada y de otro lado, ella podría estar solita en el cuarto, que no haría nada que la desvirtuase. Por lo tanto, dejaba pasar la cosa...

Bien, estaba en cama y oía la algarabía afectuosa que se hacía en torno de ella, no por los más antiguos, sino por parte de la ‘muchachada’ venida del Aureliano.

No sospechaba que el entendimiento entre mi madre y ellos, capitaneados por nuestro João, fuese tan grande y hubiese llegado a ese punto. En efecto, João se dejó tocar mucho por ella y comenzó a hacer un alegre corrillo, creando un cierto ambiente en torno de ella. Mi madre recibía los agrados con evidente complacimento. Entonces, la veía entrar en mi cuarto con fisonomía animada y contenta y yo pensaba: “Qué curioso, qué alegre que es-



El Dr. Plínio acompañado del Sr. João Clá, visitando la tumba de Doña Lucília. Agosto de 1987



Arriba, el Sr. João Clá en 1967.
A la derecha, Doña Lucilia un
mes antes de su fallecimiento.



tá...” y me preguntaba... “¿Por qué será?” No comprendía que se estaba abriendo un arco por el cual pasaría un caudal enorme de gracias y luchas, que nunca podría imaginar.

Mi madre murió al final de mi crisis de diabetes, en 1968, y esta convivencia quedó cerrada. Sólo después de su fallecimiento percibí, conversando con los más jóvenes, la capacidad de comprensión que tenían de mi madre y hasta donde había llegado la relación con ella: tomaron fotografías, conversaron, preguntaron, etc.

Entonces dí gracias a Nuestra Señora, al constatar cómo los últimos días de mamá fueron cercados de cariño y se inició una relación con ella, que continuó después de su muerte, teniendo como uno de los principales propulsores a mi João Clá.

Yo sabía que él era uno de los más entusiasmados. Pero sólo años después vine a saber, *per accidens*, que él era, el entusiasmado. Fueron imprevistos que celebro con mucha veneración.

Comenzó de esta manera a difundirse en el Grupo, quién era ella y a

tenerse una cierta devoción a ella. También percibí, aún años después de su muerte, que algunos al describir la devoción que le tenían, parecía que la hubiesen conocido. Con menos intensidad que João, pero era la misma cosa, el mismo mensaje.

La mejor descripción de D. Lucilia

Tengo en mi interior —no reducido a palabras, sino como un recuerdo— una descripción de mi madre,

que los cuadros y fotografías naturalmente de algún modo recordaban. Debo decir que no añadían nada, ella iba mucho más allá. Sin embargo, la mejor descripción que ya escuché de mi madre, fue una hecha por mi João, la cual escuché atento, acompañando palabra por palabra. La tónica fue el asunto de las fotografías que él le tomó a ella.

Esto ocurrió en un momento en el que yo no le había pedido a él: “Describe a mamá”, porque eso lo habría puesto en la obligación de montar un



cuadro. Él no estaba armando un retrato, pero me contó su encuentro con ella en el comedor, justo antes de fotografiarla, e incorporó a su recuerdo de ese acontecimiento algunas impresiones previas que había tenido sobre ella. Luego describió cómo le pidió a la empleada que la preparase para la fotografía y lo que ella dijo en el momento de la fotografía.

Yo presté atención para asegurarme de que coincidiera exactamente con lo que mis ojos de hijo habían visto. Siempre tendiendo a vigilarme a mí mismo y –¿por qué no decirlo?– a vigilar incluso cuáles podrían ser mis entusiasmos filiales respecto a ella.

Es decir, alguien que no sea un hijo, que no se deja llevar por el movimiento temperamental y hereditario: ¿cómo la vería? Y me pareció que su descripción estaba muy bien hecha y que se caracterizaba por un punto sin el cual no estaría bien descrita: él intentó reproducir algunas

de sus expresiones, casi palabra por palabra.

Yo percibía que en el espíritu de João –y estoy seguro de que él no lo negará– la impresión causada por la presencia de ella era mucho mayor que la de sus palabras. Y, considerando las palabras, marcaba mucho más la expresión, los gestos y el tono de voz que el contenido literal, que se juntaba a eso.

Por ejemplo, él habló mucho de la voz de ella y ambos lamentamos nunca haber grabado nada... Y, consciente o inconscientemente, no lo sé, él intentó, en la medida de lo posible, imitar sus inflexiones de voz.

¿Por qué? Porque su inocencia brillaba, se dejaba ver en aquello que ella decía, en la relación de esto con los contextos de los hechos sobre los cuales ella se pronunciaba. Pero ella tenía, en relación con todo, una actitud que se dejaba ver en la mirada, en la posición de la cabeza sobre su cue-

llo y hombros, en el movimiento general de sus brazos, en el timbre de su voz, en la manera en que ella participaba de los asuntos, en la forma de entrar y salir de ellos; itodo tenía una carga de alma mucho mayor y hablaba incomparablemente más que el sentido literal de las palabras!

Innumerables veces yo me sentaba a su lado, acariciaba y jugaba con sus manos y, sintiéndolas, pensaba: “Yo moriré sin haber comprendido que nadie la haya visto como yo, que nadie la haya comentado; por ejemplo, sus manos, su tacto y la piel de sus manos. Porque es necesario haberlas sentido para poder comprenderlas”.

Ahora bien, las descripciones que João me hizo de ella correspondían minuciosa y meticulosamente a la impresión que ella me causaba. Mientras él exponía, quedé sorprendido: “¿Será que existe en el mundo una persona capaz de hacerle tanta justicia?”.



El 5 de febrero de 1994, el señor João Clá muestra al Doctor Plínio los cuadros de Doña Lucília que había mandado a hacer.



Entrañado amor en el papel de hijo

João tiene una manera muy especial de hablar de ella y ponerla en foco, en que más se diría que él coloca circunstancias en las cuales ella habla de sí, más que él de ella. Se trata de conseguir que su voz se haga sentir, de conseguir que su corazón toque el nuestro.

En esta interpretación inteligente, sutil y profunda de su personalidad y de todo lo que ella representó, veo no sólo su alma grande y espléndida, sino también el enorme cariño que mi querido João Clá tenía por ella.

Hay una paráfrasis de un verso de Dante que dice: “El amor me mueve y me hace hablar”⁴. En este amor profundo, respetuoso y comprensivo, en una sola palabra, en ese amor filial por ella, en el recuerdo profundo de todo cuanto él pudo recoger en la relación con ella –en el breve tiempo en que esto transcurrió–, en todo cuanto él hizo después para acercarle a tantos jóvenes, a los hijos que tuvo cuando ya estaba cerca del umbral de la muerte; en todo esto yo veo claramente el afecto de João Clá, su unión con ella, lo cual bien merece decirse que representó junto a ella un papel de hijo.

¡Cómo me alegro de poder consagrar y decir categórica y firmemente esto! Es uno de los aspectos más penetrantes y más fecundos de la gran

acción que él desarrolla en el Grupo. Porque cada uno tiene su misión, su papel. Y el de João es, en gran medida, ése.

Prolongación de la presencia de Doña Lucília

Voy a hacer una confidencia. Durante mi convalecencia tras el accidente de automóvil, noté ya desde los primeros días cómo las personas que cuidaban de mí me trataban con una dedicación, una bondad y un afecto que me recordaba una frase de D. Chautard: el verdadero abad debe ser tal en relación a los religiosos que enferman, que el enfermo no sienta la falta de su madre.⁵

Mientras permanecía postrado en cama con las secuelas del accidente, varias veces pensé: “La presencia de mi madre es irremplazable para mí. Nunca la olvidaré, nada podrá ser para mí lo que fue su sonrisa, su gravedad, su respetabilidad, su afecto, ¿por qué no decirlo?, la seguridad que yo tenía simplemente al sentirla cerca de mí. Sin embargo, si bien es cierto que ella, como persona, es insustituible, fue plenamente reemplazada, no por la acción personal, sino por los cuidados, diligencia y cariño de quienes me rodean y velan para tomar las decisiones necesarias para la buena marcha de mi salud”.

Ellos cuidaban de mí, soportaban las mil molestias que toda persona enferma –sobre todo en mi caso, limitado en los movimientos– necesariamente trae para los otros.

Y ella que había partido hacía esta cosa curiosa conmigo: me dejaba en una aparente soledad, pero creaba un tejido de afectos alrededor de ella y de mí, con lo cual yo nunca había contado. Formó a mi alrededor lo que mejor podría constituirse, por así decirlo, como una luz lunar después del espléndido día que había sido su presencia. ¡Una larga, plateada y querida luz de luna, la cual espero que me acompañe hasta los últimos días de mi existencia!

De este modo, el desvelo de ella fue reclutando poco a poco, alrededor de mí, quien habría de traer el olor de su presencia; ¡aquéllos que, así reunidos, constituyen la fragancia del perfume que ella exhalaba cuando estaba aquí en la Tierra, a la cabeza de los cuales brilla mi querido João Clá, motivo de tanta alegría para mí!

La mejor herencia dejada en legado por Doña Lucília

En el teatro griego antiguo existía la expresión: “Bastón de mi vejez”. Mi João es un bastón querido... digo



mal, el querido bastón de mi vejez, la mejor herencia que me dejó mi madre. Es un legado que guardo con cariño, destinado por ella en los últimos días de su vida y conquistado para esta epopeya que es la consolidación de un círculo de almas que la recuerdan, le rezan y a quienes ella protege.

Una y otra vez he considerado interiormente que la recompensa de mi madre por mi dedicación fue esa obra y este bastón. Incluso la intención clara y destacada de João, de reparar lo que yo sufro, me recuerda enteramente mis relaciones con mamá, de todo cuanto yo hacía para construir a su alrededor, en la medida de lo posible, un palacio de delicias. A menudo he pensado: “¡Aquí está la recompensa!” Claramente ordenado por ella, admirable y de lo cual sólo puedo esperar lo mejor.

Entonces, fue a través del contacto del “bastón de mi vejez” conmigo, a raíz del desastre, que algo de los vínculos entre el “bastón” y yo se consolidaron. Hubo en él un florecimiento interior: como la vara de San José, el “bastón” dio flores. No era un bastón seco como aquella vara, sino que daba flores, y de ahí surgió toda una reconquista.

Nunca he hablado tan seriamente del tema como lo hago ahora y tengo enorme alegría de poder decirlo. Alegría y múltiples acciones de gracias y de afecto hacia el “bastón” y sus frutos. Naturalmente el “bastón” es la causa, al menos inmediata, de los frutos.

En esas condiciones, una que otra preocupación repercute como un peso pequeñísimo a ser cargado, comparada con la inmensidad literal de alegría. Por primera vez me veo cara a cara con esta forma de dificultad: acostumbrado a ser tratado con frialdad, me encuentro ante la agradable y deliciosa necesidad de regular un poquito... *Ordina, questo amore!*⁶ Es una contingencia deliciosa. No estoy, desde 1968, acostumbrado



El Dr. Plínio con el Sr. João Clá, durante una ceremonia en 1980

a ser bien tratado, ¡excepto en la forma de proceder de João Clá!

Glorificación de doña Lucília

Hoy, los hijos llenan nuestro auditorio, no sólo con su presencia física personal, sino también lo llenan de cariño y respeto; es un auditorio en el que veo claramente que incluso los reverendos sacerdotes que nos honran con su presencia, al referirse a ella, a veces tienen una actitud, un movimiento de alma que es el de los hijos. ¡Cómo le hubiera gustado a ella tener hijos sacerdotes! ¡Cuánto le hubiera gustado presenciar la Consagración de hijos sacerdotes! ¡Cuánto le hubiera gustado recibir de sus manos la Sagrada Comunión y ver que después otros, y otros, y otros hijos se reunirían a su alrededor para recibir los Sacramentos y continuar la vida de la Iglesia!

Todo esto que ella no podía prever, ni siquiera imaginar, desde el Cielo ella lo está viendo. Y estoy seguro de que es una glorificación en relación a la cual los Ángeles cantan en el Cielo: “¡Amén, amén, amén!”.

Si, a través de la enorme e incalculable distancia que separa el Cielo de la Tierra, es posible dirigirnos el uno al otro con un diminutivo, yo, en este momento, no pudiendo arrojarme, digo, sin embargo, con el alma arrodillada y con todo el corazón: “*Mãezinha*, ¡muchas gracias! Amén, amén, amén.”

Agradecemos el hecho de que la Providencia nos haya dado a mi madre y a mí a João Clá. ❖

- 1) Brasilina (Zili) Barbosa Ferraz, hermana de doña Lucília.
- 2) Del italiano: *birichino*, niño travieso. Nombre que se daba en la región de Turín a los muchachos de familias modestas con los que San Juan Bosco hacía su apostolado.
- 3) Del latín: accidentalmente, por casualidad.
- 4) ALIGHIERI, Dante. La Divina Comedia. Infierno, Canto II, 72.
- 5) CHAUTARD, Jean Baptiste, O.C.R. *A Alma de todo Apostolado*. São Paulo FTD, 1962, pág. 21
- 6) SAN FRANCISCO DE ASÍS. Cántico XIX.



VIII

UN HOMBRE COMBATIDO

A partir de una profunda comprensión de la grandeza de su fundador, el Sr. João Clá comenzó a realizar el apostolado del entusiasmo, constituyéndose un haz de luz del que vivía el Grupo. Esto le valió convertirse en objeto de incompreensión, envidia y hasta de odio por parte de algunos de aquellos sobre los que extendió su benéfica influencia.

En relación con el fundador, João adoptó una actitud, de manera pública y notoria, que por tal o cual razón nunca nadie había tomado: hablar con un discernimiento de los espíritus sentido en sí mismo y comunicarlo a los demás. Lo hizo con muy buen resultado, y el fuego de esta estrella tuvo la siguiente historia.

Lucha contra los mediocres

El gran mérito de João Clá fue realizar un apostolado sobre la persona del fundador, siempre basado en la Doctrina Católica, presentando el tema en términos canónicos, con profundidad, seriedad, y señalando los aspectos que en mí eran dignos de elogio, por lo que comenzó a ser combatido dentro del Grupo. Al verlo actuar, muchos se enfu-

Dr. Plinio con el Sr. João Clá en 1990



Fotos: Archivo Revista



recieron y usaron excusas para atacarlo.

Ahora bien, ¿por qué ese empeño y ese deseo de criticar a João y de atacarlo? En gran parte porque es un espíritu absoluto. Toma, por ejemplo, la persona de mamá y la coloca a una altura que, en el concepto de estos objetantes, nadie tiene, no puede tener y no es deseable que tenga, porque la vida no es así. Existe, según ellos, un cierto límite de medianía que no es lícito a nada ni a nadie exceder; si se traspasa desagrada, aunque sea magnífico. Es un sistema de pensamiento, un vicio de ser pequeño y de nunca encontrar nada desmedido en el camino.

Ellos no solo se oponen a que haya entusiasmo por alguien; para ellos no se puede tener entusiasmo por nada y la vida tiene que ser cómoda. Y como el apostolado de João es justamente lo contrario, de ahí el odio y la persecución sistemática.

Los que lucharon en el Grupo contra esta gracia cometieron un error de enorme gravedad. Temo que, con mi muerte, destruyan la obra del Sr. João Clá.



El Dr. Plinio acompañado por el Sr. João Clá, llegando al Santuario del Sagrado Corazón de Jesús, el 9 de diciembre de 1991

Quejas de los que dan importancia a las bagatelas

Aquellos que no ven y no quieren reconocer lo que hace João, a menudo se quejan de su trabajo... No recibo cartas anónimas, sino quejitas; uno u otro me dice, incluso con respeto: “Dr. Plinio... Fulano, de tal ére-mo, hizo tal cosa”; “¡¡Un ‘enjolras’ pasó cerca de mí y no me saludó!!!

¿¡A mí!?” ¡Es un estampido, un Vesubio que explota! Y de ahí en adelante. Me doy cuenta muy bien de que, si es para masacrar a João, mi autoridad vale enormemente, ¡la usan como si estuviera hecha a propósito para eso!

Uno vino con la objeción de que en el Grupo hay gente que no tiene gusto por los estudios, pero parecía estar dirigida contra los “enjolras”. Puse los puntos sobre las “íes” cariñosamente. Otro reproche que hicieron: “El Sr. João Clá no es apto para el cargo, porque los hace marchar como sargentos, y la verdadera marcha militar es diferente”. Son nimiedades que, si digo que no son importantes, dan lugar a la inconformidad. Ahora bien, no puedo afirmar que tienen importancia, porque no puedo mentir.

Entusiasmo que causa protestas

Incluso hoy en día algunos se oponen a los “¡vivas!” y critican la claqué que se forma en las Reuniones de Reportes, ¡sin la cual se convertirían en cementerios! ¿Cómo serían oídas si no fuera por las exclamaciones? Estas vienen después de cuarenta años de



El Dr. Plinio acompañado por el Sr. João Clá, llegando al Auditorio de Nuestra Señora Auxiliadora, el 21 de abril de 1992

silencio, interrumpido la mayoría de las veces por aquellos que se levantaron para objetar sobre detalles. Si hubiera atendido el deseo de algunos de poner fin a las aclamaciones, las reuniones se habrían venido agua abajo. Y al final de ellas, el único comentario sería: “¿Está lloviendo?”

Ahora bien, ¿es posible tener una opinión activa sin animadores? ¿Qué organización en el mundo no tiene los suyos? Para que el público me conozca bien, es necesario que los oyentes sepan aprovechar los recursos que tengo, que vean en mi lenguaje y en toda mi forma de ser los adornos de los tiempos de antaño y que los prueben. Para ello, es necesario organizar el aplauso de quienes entienden mis palabras, con el fin de llamar la atención del público sobre los puntos clave. El aplauso por lo que digo, juega el papel del pedal en el aumento de sonido en el piano: no deforma la nota, sino que aumenta su sonoridad.

No le pregunté a João, pero es posible que de vez en cuando haga alguna señal para aplaudir, porque los “enjolras” no siempre discernirían el verdadero momento para aplaudir, y João lo discierne superiormente bien. Es como pisar el pedal del piano en un determinado pasaje. O mejor dicho, es la magnífica ayuda del órgano y el canto en una determinada parte de una ceremonia religiosa, para potenciar la carga emocional que debe acompañar a esa situación. La pregunta es: si no es lícito un liderazgo emocional organizado, ¿tampoco es lícito usar el canto y el órgano durante la liturgia?

¡No se justifica que en un auditorio, reunido por la simpatía a una obra en cuyo frontispicio estoy, tratando de temas que despertaban esa simpatía —porque es en torno a este pensamiento, a esta orientación que se congregaron—, tuvieran una actitud fúnebre! Esa es la vergüenza del orador. Ahora, ¿podría ordenarle a

João que no provocara ningún aplauso en ese auditorio? ¿Para qué? ¿Para temer el mismo funeral? Sería más perfecto si no fuera necesario; pero suprima los aplausos y se escucharán los ronquidos. Uno de los dos ruidos se hará oír. Y, por una curiosa coincidencia, los que más roncan son los que más se oponen al entusiasmo.

Y hay que decirlo con cierta tristeza: las exclamaciones provocan protestas; sin embargo, si esas palmas fueran dirigidas al que protesta, no tendría aversión, sino que le parecería un canto de ruiseñor... Lo que deja claro que no es el partido del fervor el que suscita tales reacciones. No están motivados por el amor a Dios.

Envidian y codician el poder, pero no quieren emplear los mismos medios...

Así como hay candidatos a la Presidencia de la República, me di cuen-



Dr. Plinio durante una conferencia en el Auditorio de Nuestra Señora Auxiliadora, el 2 de noviembre de 1992



ta, y hace mucho tiempo, que también hay candidatos a la dirección de São Bento. Sé de varias personas que se imaginan que pueden reemplazar a João Clá y que, si supieran que murió, hasta harían una fiesta...

Estos candidatos se caracterizan por la siguiente nota: siempre tienen el temperamento contraindicado para hacerle el juego a João, porque piensan que nada es tan fácil como ejercer la autoridad. Un hombre con mal genio se enorgullece en mandar: “Haz esto, aquello, lo otro”. Y piensa: “Tengo talento para ello y desborde de ganas en ejercerlo. Este João me roba el cargo ocupándolo perpetuamente. El remedio para esa *perpétuité* insoportable es que el Dr. Plinio lo mande bien lejos de los ‘enjolas’ que dirige; al Himalaya, por ejemplo”.

Varias veces le comenté a João que, desgraciadamente, no faltan envidiosos de su obra; hay quien quiere desarrollar un apostolado a su manera, para tener la misma influen-

cia y los frutos que él cosecha. Entonces, ellos analizan cómo João lleva a cabo el apostolado y qué hace para obtener resultados, y tratan de aprender de él el “salto del gato”.

Sin embargo, al verlo hablar del fundador, no están dispuestos a pagar este precio, a emplear los medios que él emplea. Prefieren no tener el tan codiciado poder, antes que acompañarlo en esta pista, en la que nadie se atreve a correr con él. Hay algunos – son hijos a quienes quiero – que, incluso si supieran que este era el precio para que el Grupo adquiriera la verdadera estatura, se negarían a adoptar la actitud adecuada hacia el fundador. Uno entiende por qué: sienten que atraerían sobre sí la ira del demonio que se vuelve contra mí con tanta ferocidad. Ellos no quieren esto, porque supondría una ruptura con el mundo que no quieren tener. Así, pretenden alcanzar el fruto, como un hombre intenta morderse el codo: va dando vueltas, pero no lo alcanza...

Una obra notable, rodeada de críticos que solo ven defectos

Alguien dirá: “Pero tanto el Dr. Plinio como el Sr. João Clá, tienen sus defectos, sus puntos objetables”.

Con João es lo siguiente: él tiene una personalidad admirable, – ¡que hay que saber admirar! – cualidades muy destacadas, ángulos que, a simple vista, no se comprenden bien al principio; y digamos que también tiene, como todos nosotros, algunos pequeños defectos. Estos dan pretexto para que ciertas personas, en lugar de aplaudir las cualidades, vayan con una lupa, a menudo deformada y mentirosa, para tratar de examinar los punticos oscuros en la obra de João y de vez en cuando darle un pinchazo o una bofetada. Le dicen que no haga esto o aquello, y tejen comentarios sobre él de una injusticia flagrante. Es imposible para mí ver esto con buenos ojos.

“*Si iniquitates observaveris, Domine, ¿Domine, quis sustinebit?* – “Si tienes en cuenta nuestras faltas, ¿quién podrá subsistir?” (Sal 129, 3) No hay obra que no tenga algún defecto... Pero no entiendo cómo una persona no puede estar de acuerdo en que la de João tiene cualidades notables muy superiores a los defectos, que no impiden que Nuestra Señora comunique a través de João sus gracias a raudales. Basta con mirar quince minutos hacia el patio del Præsto Sum, encontrar cualquier eremita y ver: tiene la marca de João, una marca que siempre es muy buena. Ahora, cuando los frutos son excelentes, uno no puede poner el hacha en el árbol sin pensar.

Para João Clá, se aplica el principio: si no se puede aplaudir a una persona porque es objetable en algún punto, ¿a quién se puede aplaudir en esta tierra? ¿Con la excepción de Nuestra Señora y San José – no estoy hablando del Niño Jesús



Dr. Plinio acompañado por el Sr. João Clá, el 13 de diciembre de 1990

–, quién a lo largo de su vida no tuvo defectos? *Quorum primo sunt ego* – de los cuales el primero soy yo, en la actual lista de cosas.

Una comparación: el lance de la Verónica

Al respecto, se me ocurrió una comparación: imagínense el lance de la Verónica en la Pasión de Nuestro Señor. Tuvo un acto de valentía al interrumpir el curso de los acontecimientos y enjugar la Divina Faz. Ahora bien, es probable que esta inesperada actitud haya sido objeto de comentarios, murmullos o muy susurradas expresiones de aprobación. Es posible que alguna mujer que estuvo allí murmurara al oído de otra: “No voy con ella, porque no me ha saludado bien esta mañana”.

¿Qué decir al que haga ese comentario? “Ustedes no aman a Nuestro Señor Jesucristo”. Admitamos que la Verónica, de hecho, debería haber sido más afable con esa señora. Pero ¿se tiene en cuenta eso después de haber enjugado el Rostro del Redentor? ¿No era mejor no tener lengua, que usarla para una observación como esa?

Del mismo modo, en lo que concierne a mi João y a mí, buscamos servir a la Causa de la Santa Iglesia y de Nuestra Señora tanto como podamos. En una época en la que juntos tratamos de servirles, si hay una regla de mutua convivencia que debe estar por encima de todas las demás, es ésta: él está sirviendo y dedicando su vida a Nuestro Señor, a Nuestra Señora y a la Santa Iglesia; ¡Lo que él me haga, de una manera u otra en el transcurso de esto, no tiene importancia! Soy una mota, una astilla, un polvo, *un petit vermisseau et misérable pêcheur*², como decía San Luis Grignon de Montfort.

Cuando no tengo valor, lo que me hagan no puede importar; en el centro está la Causa, sólo ella es impor-



El Dr. Plinio acompañado por el Sr. João Clá, en enero de 1990

tante. Si pensamos que somos importantes para la Causa en el escenario, no entendemos lo que es, tenemos que recomenzar todo: nacer, volver a la cuna, crecer y vivir otra vida...

La luz de la que vive el Grupo

En el torrente de mi corazón, soy enteramente paternal con mi João Clá, con cuyo trabajo estoy super satisfecho, hasta transbordar. Lo veo como un hijo, soy un padre para él y lo protegeré incluso bajo el agua, contra mi pecho, como diciendo: “El que le golpea, golpea en mí”. ¡Es evidente! El Sr. João Clá recibe a cada instante manifestaciones de mi satisfacción, de mi apoyo que, por cierto, es público en el Grupo, notorio, ostentoso. Me dedico y hago lo que puedo y lo que puedo hacer por él, porque es un rayo de luz del que vive el Grupo.

Y a esto le doy un valor, un alcance que no es exclusivista; no se pue-

de decir, por lo tanto, que solo doy mi atención a João, ¡al contrario! Me cuido de ser muy amable y correcto con todos, con cualquiera. Aún más: al mismo tiempo que doy, de hecho, todo el apoyo a João y a lo que hace, también es cierto que mantengo en pie una serie de otras cosas que, sin eso, no estarían en pie.

Pienso para mis adentros: “El principal mérito de João es haber restaurado algo sin lo cual el Grupo probablemente no existiría, y que mantiene una atmósfera que le da aliento”.

Los jóvenes más nuevos se encienden en un amor, en un entusiasmo por la Causa, y reciben gracias en las que es imposible no reconocer una extensión de las que los más antiguos recibieron cuando tenían más o menos su edad. Y en este sentido, San Bento y Præsto Sum aparecen a los ojos de todos como una especie de promesa y, al mismo tiempo, de censura.



Al ver como los “enjolas” brillan en ciertos sentidos, se tiene la impresión de que son dueños de un jardín cerrado en el cual sólo pueden entrar ellos. Pero es preciso tomar en consideración que este jardín fue abierto primero para los mayores, y continúa abierto con la invitación de la Providencia: “Entrad y servíos de ese banquete espiritual, porque sois los primeros para los cuales fue hecho.”

Conmovedora bondad de Nuestra Señora

Se ve la caridad de Nuestra Señora hacia los antiguos. En el momento en que ellos empujan las gracias que recibieron, Ella no extingue el fuego, sino que lo enciende en otras mechas, y dice: “Hijos míos, vean recuerden, busquen; el camino está abierto”.

No hubo ninguna señal del Cielo, la Providencia no les envió Ángeles, pero les hizo discernir algo en la actitud de aquellos que deberían ser sus segundos o terceros continuadores, en la sucesión general del Grupo.

Hay un lado maravilloso en ese procedimiento de Nuestra Señora, porque aún están siendo llamados por medio de una invitación lo más afectuosa posible: “Si tú no me quieres, haré que esa llama se reencienda en otras velas. Aunque la tuya sea apenas comburente, y no tenga el estado de combustión, persiste una mecha luminosa y caliente, ¡hay ocasión, hay tiempo! ¡Venga, hijo mío! ¡Venga...!”

Los miembros del Grupo que caminasen en esa dirección, o al menos aplaudiesen, podrían hacer realidad una esperanza sepultada en su alma y que no tenían coraje ni siquiera de concebir. Acabarían comprendiendo que es algo factible, y que les cabría recibir con humildad y entusiasmo la lección de aquellos a quienes deberían enseñar. Y, recibiendo-la, participarían de las gracias ya con



El Dr. Plinio conversando con el Sr. João Clá el 24 de diciembre de 1988

vistas al “Grand-Retour”. Como misericordia para ellos, deberían estar dispuestos a ofrecerse como víctimas expiatorias, isimplemente para obtener que tal obra continuara!

Lo que todo eso tiene de bondad es conmovedor. Es de hacer llorar las piedras, si ellas pudiesen llorar. Es la luz que les lanza un apelo. Ella no quiere dejar de arder en las mechas donde se refugió – ¡sería absurdo! –, pero quiere reencenderse en aquellas de donde fue expulsada. ¡Qué cosa bonita!

Un galardón a ser reconocido

De donde mi modesta misión de conservar las mechas que Nuestra Señora ama y procurar, de todas maneras, reencender en ellas las nostalgias santas, las confianzas inmovibles; sostener aquí, allá y más allá, volver a la carga e insistir, estimulándolos cuanto sea posible, hasta los extremos increíbles de la pa-

ciencia, de la bondad, de la condescendencia.

Alguien dirá: “¡Pero el paralelismo es forzado! Reducirnos a mechas en comparación con los jóvenes...” No estoy comparando personas, sino situaciones; el objeto principal de mi atención es la llama, no los individuos.

“Llama” es un modo de referirme a la gracia de Dios, en relación a la cual somos mechas. Es preciso no olvidar hasta donde Nuestra Señora llevó su misericordia, a punto de encender nuevas velas con la intención de reencender todas las mechas inflamables, pero hay que reconocer este hecho: Ella quiso que el canal de esto de tal manera fuese la veta abierta por João que, en cuanto no hubiera una conexión con esa veta, las mechas no encienden. ❖

1) Del francés: perpetuidad.

2) Del francés: gusanillo y miserable peccador.

CONCLUSIÓN

Leendo y meditando varios episodios de la Historia, considerando este o aquel aspecto de la Iglesia Católica o de la Civilización Cristiana en el pasado, especialmente en la Edad Media, yo tenía siempre la sensación viva de que reaparecerían, y sentía una vibración de alma especial, como si me dijera a mí mismo: “Este trazo, aquel, aquel otro convendrán a la organización que un día nacerá de mi apostolado o, dicho de otra manera, esa organización los recogerá y en ella se consubstanciará la Contra-Revolución”.

Una nueva constelación

Era el modo como un caballero blandía la espada en una miniatura, el reflejo de una luz en un vitral, un toque de órgano o un repicar de campanas especialmente bello, una melodía de canto gregoriano, la manera de caminar de un monje benedictino, la mirada de algún santo jesuita de las grandes épocas, hasta la mirada firme, seria, resuelta, castísima y batalladora de un San Pío X. Yo sentía que todo eso correspondía a un modelo ideal que dormía en el fondo de mi alma.

Yo tenía la esperanza de que esas estrellas que relucen en el firmamento de belleza, de santidad y de rectitud que es la Santa Iglesia de Dios, formaran algún día una constelación nueva en la cual nuevas estrellas naciesen, o sea, nuevas formas de santidad, de

combatividad y de perspicacia se constituyeran para que con las riquezas antiguas, formarían esa nueva constelación que cantara aún mejor los nombres gloriosos de Jesús, de María y de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, Esposa Mística de Cristo.

Esperanza profética que anuncia la llegada de la aurora

Pero los tiempos fueron pasando, los años se fueron sucediendo, los decenios se sumaron a los decenios, y yo me preguntaba: “¿Cuándo vendrá el día en que esa constelación se expresará y los hombres abrirán los ojos a ella? ¿Cuándo llegará el día en que los propios miembros de mi bienamada TFP perciban lo que ella es y canten en ella la gloria de la Iglesia, de Nuestra Señora, de Nuestro Señor Jesucristo, de la Santísima Trinidad?”.

Yo soñaba con la TFP angelizada, “marianizada”, a la altura de ese esplendor altísimo. No era un devaneo vano, un espejismo tonto e inútil que se ve en el desierto, sino una esperanza profética, el haz de luz que se discerniera en el fondo de las tinieblas y nos anuncia que la aurora se está aproximando.



No obstante, uno de los sufrimientos más lacerantes para quien se consagra al apostolado es, por un lado, sentirse llamado para realizar una obra y, de otro, percibir las ondas contrarias que parecen que el llamado recibido no tenía sentido. Esa obstrucción de la vocación por obstáculos que parecen oponerse a los caminos del Espíritu Santo es una de las dilaceraciones más penosas que un alma puede sufrir.

Una vocación única

Nuestra Señora me llamó desde la más tierna edad a realizar una obra que, de por sí, en los días de hoy –pe-



ro, en cierto sentido, a partir de cuando estalló la Revolución, hace quinientos años-, es única. Conducirla prácticamente sólo, hasta el momento en que comencé mi caminar en el Movimiento Católico, es algo también único.

No me consta que nadie desde niño haya meditado tanto, respecto de tantas cosas, con tanta responsabilidad y con tantas consecuencias para el futuro, cuanto yo medité en mi infancia y adolescencia.

Esto significa que Nuestra Señora preparó todo para que yo hiciera este trabajo. Reconozco, con agradecimiento, cuánto Ella dispuso en ese sentido varias circunstancias favorables como, por ejemplo, el haber tenido desde mi primer llanto la sonrisa de mi mamá y la luz de sus ojos hasta su último día.

Me acuerdo con emoción el hecho de que Nuestra Señora haya dispuesto que yo residiera cerca de una iglesia tan altamente cargada de gracias como es la del Sagrado Corazón de Jesús; de que Ella me haya conduci-



El Dr. Plinio acompañado del Sr. João Clá, en la iglesia de Santa Cecilia, el 13 de diciembre de 1992

do hasta allá en un momento crítico y haberme dado allí algo como una sonrisa, la cual hasta hoy marca mi vida; de que Ella me haya hecho aprender, en los últimos tiempos pre-conciliares, la mentalidad, el espíritu y la dialéctica ignacianas a punto de convertirlos en el segundo hábito de mi mente; de que Ella me haya incitado a fundar la TFP, nuestra Orden de Caballería. En fin, de que Ella me haya concedido tantos otros favores, hasta la “gracia de Genazzano”.

Analizando esto, debo reconocer que fueron dones que Ella me concedió porque quiso, por iniciativa y misericordia de Ella. ¿Qué habría hecho yo en una edad tan tierna, para merecer ser bautizado en la Santa Iglesia Católica, tener la Fe Católica y un tal torrente de inocencia? ¿Cómo antes de nacer podemos merecer algo?

No obstante, Nuestra Señora tuvo la intención de beneficiar de esta forma a un varón que reconociese no ser merecedor y haber practicado acciones en las cuales desmereció, y que día y noche le pidiera perdón a Ella por haber hecho esto o aquello un poco debajo de la grandeza de los bienes recibidos, sabiendo cuánto es verdadera la oración que está en la Liturgia: “Oh Dios, que, coronando nuestros méritos, premiáis vuestros propios dones”.¹ ¡Cómo esto es real! Los actos buenos que yo pueda haber practicado, los hice por un don de la Santísima Virgen, una gracia de Ella que me llamó para eso.

¿Por qué el silencio?

Hasta cumplir quince años, varias veces me venía la siguiente idea: “Pero al final, ¿quién soy yo?” Los horizontes para los cuales me sentía llamado eran más elevados que los del común de las personas con las cuales yo trataba. Percibiendo esta diferencia y viendo que los otros no se interesaban por temas más altos, yo me preguntaba: “Al final, ¿quién soy yo? ¿Qué papel me cabe? ¿Tengo que hacer algo?”



Plinio en la playa de José Menino en Santos, alrededor del año 1922

Cuántas y cuántas veces, andando antiguamente por la neblina de São Paulo, yo me cuestionaba: “¿Nadie nota lo que está en mi espíritu? ¿No se dan cuenta de lo que deseo hacer? ¿No dicen nada para eso? Si yo conociera a un niño así, me daría cuenta; ¿por qué ellos no lo hacen?”

En mi inocencia, no comprendía que, de hecho, ellos sí se daban cuenta, pero lo congelaban...

Después, se fue desarrollando la secuencia de los hechos, comenzaron las luchas, la formación del Grupo, e inmediatamente que se constituyó, nació la contestación contra mí, desde el comienzo. De ahí la idea de que yo debería apartar esos pensamientos. Porque si aquellos que naturalmente serían llamados a ver lo que había en mí de más elevado, no lo veían e incluso me contestaban, ¿qué derechos tenía yo de percibir esto? Y me preguntaba: “¿Será que nadie se da cuenta?” Y la respuesta era: “¡Se dan cuenta!”

Ahora, ¿cómo hay personas que ven y no comentan lo que hay de pul-

chrum en eso? ¡Dejan que los hechos se sucedan y se acumulen! No obstante, si yo mismo conociera a alguien que hiciese esta obra –abstracción hecha de ese alguien–, pensando en la acumulación de causas, yo diría:

“¡Qué magníficos lances hizo Nuestra Señora por medio de ese hombre! No pensemos en él, pensemos en Ella, que realiza tantas cosas por medio de un instrumento que valdrá más o valdrá menos, ¡pero que vale tan incomparablemente e insondablemente menos que Ella! ‘Solamente’ superior a cualquier comparación es Ella y al final de cuentas, quien queda es Ella. Pero esta obra está hecha hasta aquí. El hombre puede ser discutido; la obra, en términos de fe, no puede serlo”.

Y, a lo largo de los años, yo me preguntaba atónito: “¿Por qué el silencio?” Acabé habituándome a él y considerándolo mi amigo, mi invitado de todas las horas, de todos los minutos de mi vida. Instalándome, también yo, en un silencio interior. Sin la menor recriminación o amargura; paternal, afectuoso, pero notándolo porque saltaba a los ojos. Ahora, a la

anomalía que ese silencio representaba, no me habitué. La verdad es que, en cuanto el hombre no dice lo que piensa, acaba no habiendo pensado enteramente, pues su pensamiento se completa en el momento en que él encuentra la palabra y lo enuncia; cuando él hace eso, ¡él habla!

La perfecta alabanza, por los labios de los más pequeños

Por lo tanto, la alabanza perfecta, o sea, aquella cuyo desenlace es la palabra, el acto humano entero que florece en la afirmación, ¡ese faltaba! Él vino de los más nuevos... Me acuerdo de una expresión curiosa de la Escritura, la cual dice: “De los labios de los más jóvenes, Tú hiciste salir una alabanza perfecta” (cf. Sl 8,3). Es la alabanza perfecta que cierra el circuito y da a la dedicación y a la consagración esa explicitación, esa realidad.

“Alabanza perfecta” para esta obra que es el comienzo de lo que ella debe ser y respecto de la cual cabe un *Te Deum*, seguido de la invocación a Aquella para cuya glorificación inexorablemente, a más no poder, en-

teramente, con máxima sinceridad, mi alma se vuelve: ¡Nuestra Señora!

Yo entiendo que mis queridísimos “enjolras” no habrían llegado a ese punto si no tuviesen quien los llevara. Sé eso, ¡y conozco bien quien los lleva, y quien utiliza sus labios!

Naturalmente la persona de mi queridísimo, mi insaciable, mi inagotable, mi admirable, en suma, mi hijo João Clá, emerge con el brillo y la eficacia, con la generosidad sistemática y la amistad filial burbujeante, con el infatigable celo, la indestructible amabilidad y la fuerza de persuasión que le son clásicos. ¡João, cuyo nombre yo menciono con un afecto todo especial, y para quien mi alma se vuelve con nostalgia! A ese hijo, el hijo modelo, el hijo de la fidelidad, mi cariño, mi bendición.² ❖

- 1) Cf. *Misal Romano*. Prefacio de los Santos I. “En la Asamblea de los Santos, Vos sois glorificado, y coronando sus méritos, exaltáis vuestros propios dones”.
- 2) Para la elaboración del presente número fueron recopilados extractos de conferencias realizadas entre 1964 y 1995.



Presentación del Oratorio de Navidad de Händel, Iglesia de Nuestra Señora de la Consolación, diciembre de 1990

El Dr. Plinio acompañado del Sr. João Clá, durante una visita a la tumba de Doña Lucília, el 21 de abril de 1990

Todo se pagará en el Cielo

*M*i queridísimo João,
Junto a la Santísima Virgen, Madre de todas las misericordias y de todas las maravillas, pido antes que todo por usted, por su bien espiritual y por su salud, así como por el éxito de todo cuanto usted realiza para la gloria de Ella. Sea Ella nuestra Madre y Protectora a lo largo de ese caminar que está emprendiendo.

Todo eso Nuestra Señora se lo pagará en el Cielo. De mi parte, no hay título de pago suficiente, pero, a título de afecto, le envío millones de agradecimientos, pidiendo que Nuestra Señora le dé cada vez más santificación y plena floración en las vías que conducen a Ella.

(Extraído de correspondencia del 15/03/1993)